



Número 205
Agosto 2020

HERALDOS DEL EVANGELIO



Soberana del universo



Juan Carlos Villagómez Vega

Vencidos por la fuerza de Santa Clara

Los invasores de la ciudad, gente pésima, sedienta de sangre cristiana y capaz de los peores crímenes, cayeron sobre San Damián y entraron en él, hasta el claustro mismo de las hermanas.

Se derriten de terror los corazones de las damas pobres, balbucean presas de espanto y acuden a su madre entre lágrimas. Ésta, impávido el corazón, manda, pese a estar enferma, que la conduzcan a la puerta y la coloquen frente a los enemigos, llevando ante sí la cápsula de plata, encerrada en una caja de marfil, donde se guarda con suma devoción el Cuerpo del Santo de los Santos.

Y prosternándose de bruces en oración ante el Señor, le dice a su Cristo entre lágrimas: «¿Te place, mi Señor, entregar inermes en manos de paganos a tus siervas, a las que he criado en tu amor? Guarda, Señor, te lo ruego, a estas tus siervas a las que no puedo defender en este trance». [...] De inmediato, repentinamente, la audacia de aquellos perros, rechazada por fuerza misteriosa, se convierte en pánico, y, escapándose de prisa por los muros que habían escalado, fueron dispersados por el valor de la suplicante.

TOMÁS DE CELANO. *Leyenda de Santa Clara*, n.º 21-22



HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XVIII, número 205, Agosto 2020

Director Responsable:
Hugo César Grados Kiltka

Consejo de Redacción:
Hno. Guy de Ridder, EP,
Hna. Juliane Campos, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:
Calle Dr. Guiu, 7
28035 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

www.heraldos.org

Montaje:
Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

Impreso en España

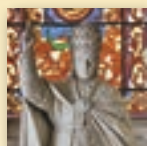
Edita:
Salvadme Reina de Fatima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

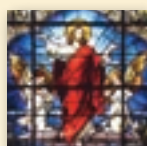
*A la espera
de una nueva luz (Editorial)* **5**



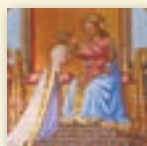
*La voz de los Papas –
La importancia de la
instrucción religiosa* **6**



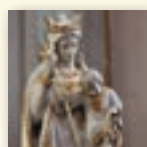
*Comentario al Evangelio –
Cinco panes, dos peces,
y Jesús... ..* **8**



*El hecho más glorioso
de la Historia, después
de la Ascensión* **16**



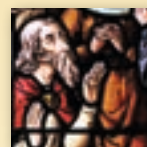
*¿Cómo será el
Reino de María?* **18**



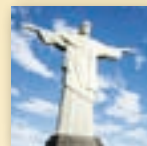
*Reina de los
últimos tiempos* **22**



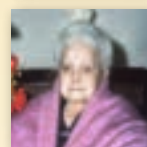
*Santa Juana de Chantal –
Afectuosa y sobrenatural
convivencia* **26**



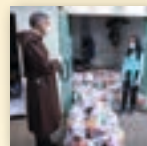
*¡Modelo de confianza
heroica!* **30**



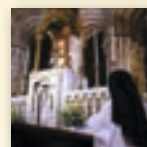
*Belleza y fe en Brasil:
entre el pasado
y el presente* **33**



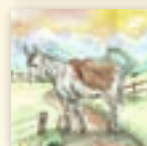
*Luces de la intercesión de
Dña. Lucilia – «Brille su
luz ante los hombres»* **36**



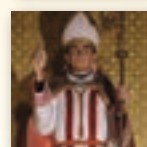
Heraldos en el mundo **40**



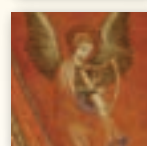
*Sucedió en la Iglesia
y en el mundo* **44**



*Historia para niños... –
El borrico empacado* **46**



*Los santos de
cada día* **48**



*Celestial sinfonía,
admiración angélica* **50**



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es



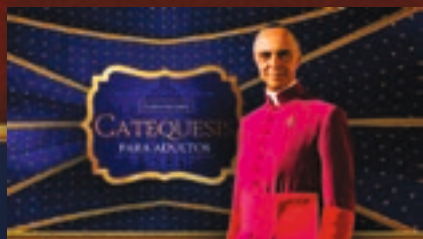
RECONQUISTA

FORMACIÓN CATÓLICA

«El conocimiento y la fe
son dos alas que nos
llevan a la santidad»

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP
Fundador de los Heraldos del Evangelio

Por eso los **Heraldos del Evangelio**
han preparado para usted y su familia la
plataforma de cursos en línea **Reconquista**.



Nuevos cursos cada mes y
los primeros **ya están disponibles:**

- ✓ Matrimonio católico
- ✓ Catequesis para adultos
- ✓ Latín litúrgico
- ✓ Consagración a la Santísima Virgen
- ✓ Camino hacia la santidad
- ✓ Ten intimidad con la Virgen María



**Acceda ya
e inscríbese**

WWW.RECONQUISTA.ARAUTOS.ORG



A LA ESPERA DE UNA NUEVA LUZ

De distintas maneras, los hombres alaban la memoria de quien ha marcado el pasado: le dedican escuelas, calles o monumentos, escriben acerca de su persona... Sin embargo, ¿de qué vale toda la gloria mundana ante un elogio divino? Por ejemplo, Jesús afirmó de Juan el Bautista que «entre los nacidos de mujer» (Lc 7, 28) no hubo nadie mayor que él!

Ahora bien, ¿cómo enaltece el Altísimo a alguien destinado a dejar una imborrable huella para el futuro? Revelando algo sobre él que marque a todas las almas. Es lo que hizo el Padre eterno con su Unigénito por medio de una voz que vino del Cielo: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo» (Mc 9, 7). Esta forma de alabanza sólo Dios la puede hacer.

Los autores sacros comúnmente relacionan eras históricas con las Personas de la Santísima Trinidad: se asocia el Antiguo Testamento al Padre, el Nuevo Testamento al Hijo y un período futuro, de especial glorificación de Dios y de María, al Espíritu Santo.

El comienzo de cada una de esas eras está señalado por una revelación. Así, en el Antiguo Testamento Dios se manifestó como causa primera y último fin, autor único de todas las cosas, padre provido, justo y misericordioso. Para inaugurar el Nuevo Testamento el Hijo mismo se dio a conocer al mundo como Salvador, Redentor y Mediador. Y es opinión corriente entre los teólogos que el Reino del Espíritu Santo será abierto mediante una nueva explicitud, una nueva luz con respecto al «Gran Desconocido», la cual, aunque contenida en la Revelación, permanece oculta bajo el velo del misterio y por eso nunca ha sido verdaderamente comprendida por los hombres hasta hoy. Dicha luz deberá marcar los siglos futuros y cambiar el curso de la Historia, hasta el punto de dar como resultado la fundación de una nueva civilización.

Pero al ser el Espíritu Santo el divino Esposo de María Santísima y dada la altísima perfección del vínculo existente entre ambos no se comprendería que Él fuera glorificado sin que se promoviera la glorificación de su Esposa. Por consiguiente, es de esperar que las maravillas obradas por la gracia con vistas a la instauración del Reino de María tengan como elemento central la exaltación de la Virgen, de un modo tal que ningún hombre haya podido imaginar.

Por otra parte, Dios suele intervenir en los momentos en los que todo parece perdido, escuchando las súplicas de aquellos que, en medio de las más desgarradoras pruebas, se niegan a traicionar sus esperanzas. No importa si son pocos y débiles, siempre y cuando sean fieles: cuanto peor es la prueba, mayor será la posterior glorificación, pues el Señor se aprovecha de las propias insidias del demonio para vencerlo y humillarlo aún más.

De modo que la exaltación de María preparada por Dios será una revancha aún más humillante que el enorme odio que siempre ha manifestado Satanás con relación a Ella. El Todopoderoso nunca deja nada impune y se venga del mal hecho a los suyos. ✧



Coronación de la Virgen - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Foto: Gustavo Kralj



La importancia de la instrucción religiosa

La doctrina cristiana nos hace conocer a Dios y sus infinitas perfecciones, harto más hondamente que las fuerzas naturales. Sólo ella pone al hombre en posesión de su verdadera y noble dignidad, como hijo que es del Padre celestial.

Nuestro predecesor Benedicto XIV escribió justamente: «Afirmamos que la mayor parte de los condenados a las penas eternas padecen su perpetua desgracia por ignorar los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para ser contados entre los elegidos»¹.

Siendo esto así, Venerables Hermanos, ¿qué tiene de sorprendente, preguntamos, que la corrupción de las costumbres y su depravación sean tan grandes y crezcan diariamente, no sólo en las naciones bárbaras, sino aun en los mismos pueblos que llevan el nombre de cristianos? [...]

Nos manda reverenciar a Dios y amarnos como hermanos

El santo rey David, glorificando a Dios por esta luz de la verdad que le había infundido en la razón humana, decía: «Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro» (Sal 4, 7). Y señalaba el efecto de esta comunicación de la luz, añadiendo: «Tú has infundido la alegría en mi corazón» (Sal 4, 7), alegría con la que, ensanchado el corazón, corre por la senda de los mandatos divinos.

Fácilmente se descubre que es así, porque, en efecto, la doctrina cristiana nos hace conocer a Dios y lo que llamamos sus infinitas perfecciones,

harto más hondamente que las fuerzas naturales. ¿Y qué más? Al mismo tiempo nos manda reverenciar a Dios por obligación de fe, que se refiere a la razón; por deber de esperanza, que se refiere a la voluntad, y por deber de caridad, que se refiere al corazón, con lo cual deja a todo el hombre sometido a Dios, su Creador y moderador.

De la misma manera sólo la doctrina de Jesucristo pone al hombre en posesión de su verdadera y noble dignidad, como hijo que es del Padre celestial, que está en los Cielos, que le hizo a su imagen y semejanza, para vivir con Él eternamente dichoso. Pero de esta misma dignidad y del conocimiento que de ella se ha de tener, infiere Cristo que los hombres deben amarse mutuamente como herma-

nos y vivir en la tierra como conviene a los hijos de la luz: «No en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas ni envidias» (Rom 13, 13).

Por ella, la voluntad concibe aquel ardor que nos une a Dios

Mándanos, asimismo, que nos entreguemos en manos de Dios, que se cuida de nosotros; que socorramos al pobre, hagamos bien a nuestros enemigos y prefiramos los bienes eternos del alma a los perecederos del tiempo. Y sin tocar menudamente a todo, ¿no es acaso doctrina de Cristo la que recomienda y prescribe al hombre soberbio la humildad, origen de la verdadera gloria? «Cualquiera que se humillare, ése será el mayor en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 4).

En esta celestial doctrina se nos enseña la prudencia del espíritu, para guardarnos de la prudencia de la carne; la justicia, para dar a cada uno lo suyo; la fortaleza, que nos dispone a sufrir y padecerlo todo generosamente por Dios y por la eterna bienaventuranza; en fin, la templanza, que no sólo nos hace amable la pobreza por amor de Dios, sino que en medio de nuestras humillaciones hace que nos gloriemos en la cruz.

Luego, gracias a la sabiduría cristiana, no sólo nuestra inteligencia re-

*Gracias a la
sabiduría cristiana,
la voluntad concibe
aquel ardor que
nos conduce a Dios
y nos une a Él*

cibe la luz que nos permite alcanzar la verdad, sino que aun la misma voluntad concibe aquel ardor que nos conduce a Dios y nos une a Él por la práctica de la virtud. [...]

Vicios que se hallan también entre gentes de superior categoría

Conviene repetir —para inflamar el celo de los ministros del Señor—, que ya es crecidísimo, y aumenta cada día más, el número de los que todo lo ignoran en materia de religión o que sólo tienen un conocimiento tan imperfecto de Dios y de la fe cristiana que, en plena luz de verdad católica, les permite vivir como paganos. ¡Ay! Cuán grande es el número, no diremos de niños, sino de adultos y aun ancianos que ignoran absolutamente los principales misterios de la fe y que, al oír el nombre de Cristo, responden: «¿Quién es... para que yo crea en Él?» (Jn 9, 36).

De ahí el que tengan por lícito forjar y mantener odios contra el prójimo, hacer contratos inicuos, explotar negocios infames, hacer préstamos usurarios y cometer otras maldades semejantes. De ahí que, ignorantes de la ley de Cristo —que no sólo prohíbe toda acción torpe, sino el pensamiento voluntario y el deseo de ella— muchos que, sea por lo que quiera, casi se abstienen de los placeres vergonzosos, alimentan sus almas, que carecen de principios religiosos, con los pensamientos más perversos y hacen el número de sus iniquidades mayor que el de los cabellos de su cabeza.

Y ha de repetirse que estos vicios no se hallan solamente entre la gente pobre del campo y de las clases bajas, sino también, y acaso con más frecuencia, entre gentes de superior categoría, incluso entre los que se envanecen de su saber, y, apoyados en una vana erudición, pretenden burlarse de la religión y blasfemar de todo lo que no conocen (cf. Jds 1, 10). [...]



San Pío X - Iglesia de Santa María de Guadalupe (México)

Cuidad esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos

La fe necesita la enseñanza de la Iglesia para crecer

Inútil sería decir, como excusa, que la fe es dada gratuitamente y conferida a cada uno en el Bautismo. Porque, ciertamente, los bautizados en Jesucristo, fuimos enriquecidos con el hábito de la fe, mas esta divina semilla no llega a crecer... y echar grandes ramas, abandonada a sí misma y como por nativa virtud. Tiene el hombre, desde que nace, facultad de entender; mas esta facultad necesita de la palabra materna para convertirse en acto, como suele decirse.

También el hombre cristiano, al renacer por el agua y el Espíritu Santo, trae como en germen la fe; pero necesita la enseñanza de la Iglesia para que esa fe pueda nutrirse, crecer y dar fruto. Por eso escribía el Apóstol: «La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo»; y para mostrar la necesidad de la enseñanza añadió: «¿Cómo... oirán hablar, si no se les predica?» (cf. Rom 10, 14-17).

De lo expuesto hasta aquí puede verse cuál sea la importancia de la instrucción religiosa del pueblo; debemos, pues, hacer todo lo posible para que la enseñanza de la doctrina sagrada, institución —según frase de Nuestro predecesor Benedicto XIV— la más útil para la gloria de Dios y la salvación de las almas, se mantenga siempre floreciente, o, donde se la haya descuidado, se restaure. [...]

Séanos permitido, Venerables Hermanos, deciros al terminar esta carta, lo que dijo Moisés: «El que sea del Señor, júntese conmigo» (Éx 32, 26). Observad, os lo rogamos y pedimos, cuán grandes estragos produce en las almas la sola ignorancia de las cosas divinas.

Tal vez hayáis establecido en vuestras diócesis muchas obras útiles y dignas de alabanza, para el bien de vuestra grey; pero, con preferencia a todas ellas, y con todo el empeño, afán y constancia que os sean posibles, cuidad esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos. «Comunique cada cual al prójimo —repetimos con el apóstol San Pedro— la gracia según la recibió, como buenos dispensadores de los dones de Dios, los cuales son de muchas maneras» (1 Pe 4, 10). ✧

*Fragmentos de: SAN PÍO X.
«Acerbo nimis», 15/4/1905.*

¹ BENEDICTO XIV. *Instit.* 27, 18.

La multiplicación de los panes
y los peces - Les très riches
heures du Duc de Berry



EVANGELIO

En aquel tiempo, ¹³ al enterarse Jesús [de la muerte del Bautista] se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo

siguió por tierra desde los poblados.

¹⁴ Al desembarcar vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos.

¹⁵ Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despidete a la multitud para que vayan a las aldeas

Cinco panes, dos peces, y Jesús...

Al realizar el milagro de la multiplicación de los panes, Jesús tenía en vista no sólo alimentar a aquella multitud, sino también —finalidad más elevada— preparar a las almas para aceptar la Eucaristía.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA COMPASIÓN DEL HOMBRE DIOS

Cuando hacemos referencia a los atributos divinos solemos utilizar un lenguaje con el que «humanizamos» la idea de Dios, con el fin de facilitar nuestra comprensión. Por lo tanto, es habitual que lo presentemos manifestando su ira o misericordia, cuando en realidad no sólo *posee* las virtudes, sino que *es* cada una de ellas. Así pues, Dios no sólo es bueno, sino la Bondad y, sucesivamente, la esencia de todas las virtudes. En ese sentido, para que entendamos que Dios es la Bondad, no basta una noción teórica, es indispensable que experimentemos su acción en nues-

tra alma, como nos lo aconseja el salmista: «*Gustate et videte quoniam suavis est Dominus* – Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 33, 9). Conforme veremos, el Evangelio y las demás lecturas del decimotavo domingo del Tiempo Ordinario preparan a los fieles para que se abran a la contemplación de esa Bondad infinita que es Dios.

Jesús Hombre se complace rezando a Dios

En aquel tiempo, ^{13a} al enterarse Jesús [de la muerte del Bautista] se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto.

Dios no sólo es bueno: es la Bondad misma

y se compren comida». ¹⁶ Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer». ¹⁷ Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces».

¹⁸ Les dijo: «Traédme los».

¹⁹ Mandó a la gente que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al Cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los

discípulos se los dieron a la gente.

²⁰ Comieron todos y se saciaron y recogieron doce cestos llenos de sobras. ²¹ Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños (Mt 14, 13-21).

Llenos de admiración por el Maestro, las gentes lo seguían sin preocupaciones triviales, motivadas por el anhelo de convivir con Él

Tras la muerte del Precursor, Jesús se dirigió a una región situada fuera de la jurisdicción de Herodes —que empezaba a sentirse incómodo con sus actuaciones y podía llegar a perseguirlo también (cf. Mt 14, 1-2; Mc 6, 14-16; Lc 9, 7-9)—, pero no por temerle, sino porque «todavía no había llegado su hora» (Jn 7, 30). Le movía igualmente el deseo de recogerse con sus discípulos para hacer algunas horas de oración, finalizada la primera misión evangelizadora que les había confiado (cf. Mc 6, 7.30-32). En relación con los Apóstoles, bien se explica la conveniencia o incluso hasta la necesidad de un retiro después de un período de intensa actividad. Pero en lo que respecta al divino Redentor, sorprende esa decisión, pues Él es Dios. ¿Acaso iría a rezarse a sí mismo? ¿Necesitaba dedicar parte de su tiempo a la oración? Sí, porque también es hombre. Y Jesús, con su inteligencia, voluntad y sensibilidad humanas, reza a sí mismo en cuanto Dios; en su humanidad, recurre a su divinidad. En esto hay un misterio que supera nuestros horizontes. Nos muestra, de este modo, el extraordinario valor de la oración para conseguir los favores del Cielo, como, por ejemplo, el de proporcionarle a esa multitud de gente más gracias para que lo comprendieran mejor.

Olvidado de sí mismo, Cristo se preocupa con los otros

^{13b} Cuando la gente lo supo, lo siguió por tierra desde los poblados. ¹⁴ Al desembarcar vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos.

Llenos de admiración por la verdad, bondad y belleza que emanaban del Maestro, las gentes lo seguían sin preocupaciones triviales, motivadas por el anhelo de convivir con Él, de oír sus enseñanzas y presenciar sus milagros. Recibían inefables gracias de consolación y de fervor, de manera que no medían distancias ni sacrificios. En esta ocasión, se habían trasladado a pie a toda prisa por la orilla del mar de Galilea, mientras Jesús hacía el trayecto en una barca para poder aislarse un poco.

No es difícil imaginarse la escena: cuando el Señor se disponía a salir de la embarcación, dispuesto a entrar en recogimiento, se encuentra con una multitud que lo está esperando en la playa. Una persona egoísta y, por lo tanto, poco deseosa de hacer el bien a los demás, se enojaría enseguida al ver que el retiro que había planeado se desvanece. Otra fue la reacción del Salvador: «se



La multiplicación de los panes, por Heinrich van Waterschoot

compadeció de ella». Renunció de buen grado a su proyecto e inmediatamente empezó a curar a todos los enfermos y a enseñar muchas cosas sobre el Reino de Dios, hasta el atardecer. No hubo nadie que no fuera atendido o no recibiera algún beneficio. He aquí el premio de los que mantienen encendido el sentido de la verdad, del bien y de lo bello y se dejan guiar por él. «Era grande la adhesión de la muchedumbre, pero lo que Jesús hace sobrepasa la paga del más ardiente fervoroso»¹. Como un perfecto superior, sabe cuidar de sus subalternos y tiene compasión, es decir, sufre con ellos.

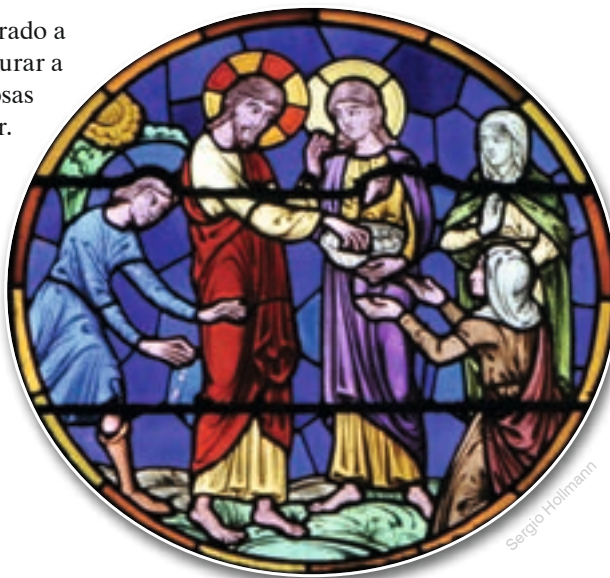
Los discípulos se preocupaban con ellos mismos

¹⁵ Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en desamparo y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren comida».

Cada vez más encantadas con el divino Maestro, esas personas no se preocupaban por su alimentación, porque «el deseo de estar a su lado no les dejaba sentir el hambre»².

Los discípulos, al contrario, al ver que se estaba acercando el final de la jornada, temían que tuvieran que darse el trabajo de buscar alimento para tanta gente. Ahora bien, ya habían visto a Jesús convertir el agua en vino, en Caná, y obrar toda clase de milagros que probaban que Él era realmente Dios o, al menos, un gran profeta con un poder taumatúrgico fuera de lo común. «Sin embargo, ni aun así pudieron barruntar el milagro de la multiplicación de los panes. Tan imperfectos eran por entonces»³.

San Juan añade en su Evangelio un pormenor: Jesús le pregunta a Felipe dónde se podía comprar alimento para tal número de personas y éste le responde que harían falta más de doscientos denarios de pan (cf. Jn 6, 5-7). Era evidente que el divino Maestro no pretendía enviarlos a que consiguieran esa cantidad de pan que, por cierto, no encontrarían en los alrededores y, quizá, ni dispusieran del dinero necesario para ello. Desde toda la eternidad, no obstante, el Verbo de Dios ya sabía lo que haría y sólo tenía la intención de probar la fe



La multiplicación de los panes
Basílica de Paray-le-Monial (Francia)

de sus discípulos en su ilimitado poder de realizar prodigios.

Los discípulos manifiestan una fe débil

¹⁶ Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer».

¹⁷ Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces».

La respuesta del Señor es tajante: esos miles de hombres «no hace falta que vayan» a comprar comida. Una vez que los recursos materiales se mostraban del todo insuficientes, había llegado el momento de que Dios actuara, porque Él «elige, para intervenir, la hora de las situaciones desesperadas»⁴. El Redentor también quería facilitar a sus discípulos la práctica de la virtud de la humildad, pues cuando constatasen que la cantidad de gente no significaba dificultad alguna para el Señor, declararían su incapacidad de resolver ese callejón sin salida y se pondrían a disposición del divino Taumaturgo, para servirlo en el milagro que Él, al ser la Bondad en esencia, obraría en favor de aquella multitud.

La respuesta permite suponer la reacción de los discípulos ante las palabras de Jesús: «Este hombre pide cosas imposibles... ¿Cómo vamos a alimentar a toda esa gente con cinco panes y dos peces? ¿Tendrá idea de cuántas personas hay aquí?». Su objeción demuestra lo lejos que esta-

Los discípulos, al contrario, temían que tuvieran que darse el trabajo de buscar alimento para tanta gente



Sergio Holmann

La multiplicación de los panes - Parroquia de Saint-Sulpice, Fougères (Francia)

Ordenadas en grupos sobre la hierba, la muchedumbre empezó a recibir los panes que se habían multiplicado milagrosamente

ban de vivir según la convicción de que todo es de Dios, todo está en Él y por Él es dirigido, es decir, nada ocurre sin su permiso.

Cabe aquí una consideración al respecto. Existe una línea que divide drásticamente a los hombres en dos categorías bien definidas; los que tienen fe y los que no la tienen; los que se orientan desde el prisma sobrenatural de la fe y los que pautan su existencia en función de lo práctico, de lo material, de lo palpable y sensible. Éstos constituyen una parte enorme de la humanidad, quizá avasalladoramente más grande que la de los hombres de fe, quienes, por su parte, saben encontrar el dedo de Dios en todo, incluso en el dolor, pero sobre todo cuando resuelve las situaciones de modo maravilloso.

La multiplicación de los panes y de los peces

¹⁸ Les dijo: «Traédmelos». ¹⁹ Mandó a la gente que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al Cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente.

Al contrario de lo que los Apóstoles querían, Jesús no despidió a la multitud, sino que asume

la responsabilidad de alimentarla; no abandona a esos miles de hombres, mujeres y niños que se pusieron bajo su protección con tanta confianza y entusiasmo. El cuidado de distribuirlos ordenadamente por la hierba, que era abundante por ser primavera, facilitaba calcular el número de los presentes y estaba de acuerdo con la costumbre oriental de hacer las comidas en grupo.

Jesús coge los panes y los peces, eleva los ojos al Cielo —Él que es el Señor del Cielo, de la tierra y del universo entero—, bendice los alimentos y se los entrega a los discípulos para que los distribuyeran a todos los circunstantes. Maldonado comenta que —según San Juan Crisóstomo y Leoncio— Cristo les ordena que traigan los panes para demostrar «que es el Señor el que da de comer a todo el orbe de la tierra, que no depende de hora ni tiempo alguno, porque en cualquier ocasión y coyuntura puede de cualquier materia hacer los panes que le dé la gana»⁵.

El padre Manuel de Tuyá⁶ plantea una interesante cuestión: ¿esos panes se multiplicaron en las manos de Jesús o en las de los Apóstoles mientras los distribuían? Y responde que no es fácil saberlo con precisión, debido a lo esquemático del relato evangélico. San Juan Crisóstomo, por su parte, observa que al entregárselos a los discípulos para que hicieran la distribución y comprobasen personalmente la grandeza del

prodigio, el divino Maestro «no pretendía sólo honrarlos con ello. Quería también que, al realizarse el milagro, no le negaran fe ni, después de pasado, lo olvidaran, pues sus manos mismas habían de atestiguarlo. [...] De sus manos, en fin, toma los panes, a fin de que haya muchos testimonios del hecho y tengan también muchos recuerdos del milagro»⁷.

La superabundancia de un milagro

²⁰ Comieron todos y se saciaron y recogieron doce cestos llenos de sobras.

²¹ Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Concluida la milagrosa comida, todavía sobró abundante cantidad de panes que se guardaron, según las costumbres de aquella época, y cada uno de los Apóstoles tuvo que cargar con un cesto a la vuelta. Curioso contraste con el comienzo de la distribución, cuando tenían poco peso en las manos. Por tanto, no pudo ser pequeña la impresión de los discípulos y de la multitud ante la magnitud del prodigio.

De acuerdo con una creencia difundida en los medios judíos, el Mesías haría caer del cielo maná, más de lo que Moisés había hecho en el desierto,⁸ y con ello habría gran abundancia de víveres en la tierra de Israel.⁹ Después de ver al Señor curando a numerosos enfermos y de comer un pan de incomparable sabor, fruto de un milagro más, se entiende que aquellas personas no quisieran dejar nunca la compañía de quien obraba tantas maravillas, porque pensaban que se trataba del tan esperado Mesías. «Éste es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo» (Jn 6, 14), afirmaban, al constatar que resolvía cualquier problema.

Atiende las necesidades y cura las miserias

El Evangelio nos presenta a Jesucristo como siendo aquel que atiende todas las necesidades y nos fortalece en las debilidades. Ahora bien, entre éstas, más que las deficiencias físicas, se encuentran sobre

todo las inclinaciones hacia el mal, las pasiones desordenadas que no conseguimos dominar sin el auxilio permanente de la gracia. Dichas miserias, no obstante, nos ayudan a reconocer nuestra total dependencia de la verdadera savia que proviene de Él.

Una clara enseñanza de ello nos la da la primera lectura (Is 55, 1-3), del libro de Isaías: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche» (55, 1). Como tantas veces en las Escrituras, se utiliza un lenguaje simbólico. La sed a la que se refiere el profeta es principalmente espiritual. En efecto, en nuestra alma tenemos una apetencia insaciable de felicidad, porque somos creados para lo infinito. Como escribió San Agustín,¹⁰ hemos sido hechos para Dios y nuestro corazón no estará tranquilo hasta que no descanse en Él. Cuando veamos a Dios cara a cara, todo el resto será nada para nosotros, porque comprobaremos cómo sólo Él satisface enteramente esa sed de las aguas límpidas de la gracia.

Una bella prefigura de la Eucaristía

Únicamente con cinco panes y dos peces el Señor alimentó a una multitud de cinco mil hom-

*Nuestro Señor
Jesucristo
atiende
todas las
necesidades y
nos fortalece
en las
debilidades*



La multiplicación de los panes y los peces
Iglesia de Santiago, Tounai (Bélgica)

*Los panes
multiplicados
por el Señor
son imagen de
un alimento
espiritual: la
Eucaristía*

bres, sin contar a las mujeres y a los niños. En una época en que las familias eran, por lo general, numerosas, es de suponer que la cantidad de gente fuese mucho más grande. Quizá el doble, el triple, o incluso más todavía. Se puede medir la importancia de ese milagro porque es el único narrado por los cuatro Evangelistas. Y también tuvo gran repercusión por encontrarse en la región caravanas procedentes de los sitios más variados, camino de Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua que se acercaba.

Al realizarlo, Jesús tenía en vista no sólo alimentar el cuerpo, sino, sobre todo, preparar a las almas para aceptar la Eucaristía. Multiplicando panes y peces manifestaba su poder sobre la materia. Caminando sobre las aguas, pocas horas después, dejaba patente su dominio sobre su propio cuerpo (cf. Mt 14, 22-27). De esta manera, iba el divino Maestro predisponiendo a los Apóstoles para que más tarde creyeran en la Eucaristía, pues quien es capaz de obrar tales prodigios puede perfectamente instituir un sacramento en el que la sustancia del pan ceda lugar a la de su sagrado cuerpo. Este milagro es, por tanto, una espléndida prefigura de la Eucaristía. Hoy día tenemos al Santísimo

Sacramento a nuestra disposición en las Misas diariamente celebradas por el mundo entero: es la multiplicación de los Panes consagrados, el Pan de Vida, hasta el final de los siglos.

*Significado místico
del milagro*

Dios podía haber creado al hombre con una naturaleza diferente, apta para sustentarse, por ejemplo, sólo con aire o con agua. Pero prefirió crearlo con la necesidad de la nutrición, pues estaba en sus designios darle, a su debido tiempo, el supremo alimento espiritual: el sacramento de la Eucaristía. Por consiguiente, es razonable decir que Él, al idear el trigo y la uva como dos criaturas posibles, desde siempre, no tuvo en vista sólo proporcionar al hombre los recursos para elaborar un buen cham-

pán o preparar un magnífico pan. En la mente del Creador estaba en primer lugar la Eucaristía, el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de su Hijo, bajo las especies del pan y del vino que, en un extremo de bondad inimaginable, ofrecería a los hombres en alimento.

Explica San Alberto Magno¹¹ que al unirse dos sustancias, de manera a cambiarse una en la otra, la superior asimila a la inferior, por ser esta segunda más frágil e imperfecta. Ahora bien, el Santísimo Sacramento es un alimento tan infinito y sustancialmente superior a cualquier orden de la creación que asume a quien lo recibe, perfeccionando y santificando el alma. Podemos ilustrar este efecto con un sugerente ejemplo: al añadirse a un barril lleno de alcohol una gotita de esencia de un requintado perfume, todo el alcohol se transforma en perfume. Al referirse a este tema, Santo Tomás de Aquino¹² concluye que esto es lo que pasa en la Eucaristía. Cuando se trata de un alimento común, el organismo extrae de él las sustancias adecuadas para su sustento y las asimila. En la Eucaristía, al contrario, es Cristo quien asume y diviniza a la persona que lo recibe. Por eso afirmó categóricamente: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 53-54).

En ese sentido, ¡qué inapreciable dádiva es la de disponer diariamente de la Eucaristía! Hubo una época en la que la gente comulgaba una vez al año y la Primera Comunión se hacía solamente en edad adulta. En la actualidad, desde el uso de razón se permite recibir a Jesús Hostia y, de acuerdo con las normas canónicas vigentes, se admite la frecuencia al Sagrado Banquete incluso dos veces al día.

**II – EL ILIMITADO AMOR DE DIOS
NOS LLENA DE CONFIANZA**

La liturgia del decimoctavo domingo del Tiempo Ordinario nos debe animar a una confianza extraordinaria en la Providencia, porque, una vez unidos a Jesús, podemos decir con San Pablo, en la segunda lectura de este día: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto



Gustavo Kralj

vencemos de sobra gracias a Aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8, 35.37-39). El Apóstol, que había pasado ya por todas esas pruebas, conservaba la fuerza de alma, el celo apostólico y el fuego para desear conquistar el mundo porque sentía incidir sobre él el amor de Dios. Si consideramos que el Padre promovió la Encarnación de su Unigénito —igual a Él— en nuestra miserable naturaleza para sufrir indeciblemente y obtenernos la salvación, nos haremos una idea de la magnitud de ese amor.

Enseña Santo Tomás de Aquino¹³ que el amor de Dios es tan eficaz que infunde la bondad en la criatura amada por Él. Así, cuando encontramos a alguien muy bue-



Santa Maravillas de Jesús, por Ricardo Sanjuan
Iglesia de San Sebastián, Madrid

no, tengamos por seguro que Dios lo ama especialmente. Debemos pedir la gracia de sentir esta predilección divina por nosotros, tal como la experimentaron las multitudes en el desierto al ser curadas de sus enfermedades y alimentadas con el pan más delicioso que se ha conocido. Él quiere darnoslo todo, pero a menudo somos nosotros los que lo impedimos. Decía Santa Maravillas de Jesús: «Si tú le dejas...»¹⁴. Si nos dejamos santificar por Dios...

La santidad de las generaciones actuales y futuras brillará en hombres y mujeres que, reconociendo sus insuficiencias y debilidades, serán fieles a pesar de frágiles y no pondrán obstáculos al amor que Dios prodiga a cada uno, porque habrán degustado la superabundancia de la generosidad divina y por tanto, incluso en las dificultades más grandes, confiarán incondicionalmente en la inagotable Bondad absoluta, que es Dios. ✧

*Dios quiere
dárnoslo
todo, pero a
menudo somos
nosotros
quienes se lo
impedimos*

¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilía XLIX, n.º 1. In: *Obras. Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (46-90)*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2007, v. II, p. 53.

² Ídem, p. 54.

³ Ídem, ibídem.

⁴ SAINT LAURENT, Thomas de. *El libro de la Confianza*. 2.ª ed. Bogotá: Corporación SOS Familia, 2000, p. 25.

⁵ MALDONADO, SJ, Juan de. *Comentarios a los Cuatro Evangelios*.

Evangelio de San Mateo. Madrid: BAC, 1956, v. I, p. 532.

⁶ Cf. TUYA, OP, Manuel de. *Biblia Comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, v. V, p. 340.

⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO, op. cit., n.º 2, p. 58.

⁸ Cf. TUYA, op. cit., p. 341.

⁹ Cf. BONSIRVEN, SJ, Joseph. *Le judaïsme palestinien au temps de Jésus-Christ*. Paris: Beauchesne, 1950, pp. 193-194.

¹⁰ Cf. SAN AGUSTÍN. *Confessionum*. L. I, c. 1, n.º 1.

¹¹ Cf. SAN ALBERTO MAGNO. *Super Sent.* L. IV, d. IX, A, a. 2, ad quest. ad 1.

¹² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Sent.* L. IV, d. 12, q. 2, a. 1, qc. 1.

¹³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 20, a. 2.

¹⁴ GRANERO, Jesús María. *Madre Maravillas de Jesús. Biografía espiritual*. Madrid: Fareso, 1979, p. 139.



Gustavo Kralj

El hecho más glorioso de la Historia, después de la Ascensión

Durante la Asunción de María la naturaleza entera y los propios ángeles refulgían magníficamente, reflejando de diferentes maneras la gloria de Dios. Nada de eso, no obstante, era comparable al esplendor de la Santísima Virgen subiendo al Cielo.



Plinio Corrêa de Oliveira

Un hecho que llama la atención, en la Historia Sagrada, es que Nuestro Señor haya querido subir al Cielo a los ojos de los hombres; y que lo mismo ocurriera con la Asunción de la Virgen. ¿Por qué la Ascensión y, luego, la Asunción tenían que suceder a la vista de los hombres?

La Madre del Redentor debía participar de su gloria

En cuanto a la Ascensión, hay varias razones para ello; la más sobresaliente es de carácter apologético: era necesario que algunos pudieran dar testimonio de ese doble hecho histórico, no sólo que Jesús resucitó sino que subió al Cielo, su vida terrena no continuó.

Al subir al Cielo, les abrió el camino a incontables almas y se sentó a la derecha del Padre eterno. En su humanidad santísima, fue la primera criatura —siendo al mismo tiempo

Dios— que subió a los Cielos en cuerpo y alma. Como Redentor, les abrió el camino de los Cielos a los hombres.

Pero existía otro motivo: era preciso que, habiendo sufrido todo tipo de humillaciones, recibiera toda clase de glorificaciones. Y gloria más grande y evidente no puede haber para nadie que el subir a los Cielos, porque es ser elevado por encima de todas las criaturas. Y aquellos que se

salven trascenderán todo este mundo en el cual nos encontramos e irán al Cielo empíreo, donde está Dios, nuestro Señor, para unirse a Él eternamente.

Y así como Nuestra Señora había participado como nadie en el misterio de la cruz, el Redentor quiso que Ella tuviera la misma forma de gloria y participara como nadie en su glorificación. La glorificación de María Santísima se daba de este modo, siendo llevada a los Cielos.

En el momento que allí entró, la Virgen María fue coronada como Hija predilecta del Padre eterno, como Madre admirable del Verbo Encarnado y como Esposa fidelísima del Espíritu Santo.

Estupendo fulgor de la naturaleza angélica

Ella tuvo una glorificación en la tierra y, más tarde, una glorificación en el Cielo; por lo tanto, hemos de

El Redentor quiso que su Madre tuviera la misma forma de gloria y participara como nadie en su glorificación

considerar la Asunción como un fenómeno gloriosísimo. Por desgracia, a partir del Renacimiento, los pintores no supieron representar adecuadamente la gloria que debió haber rodeado ese espectáculo.

Debemos imaginar lo siguiente: es propio a las cosas de la tierra que, cuando se quiere glorificar a una persona, en su residencia, por ejemplo, todos vistan sus mejores galas, se exhiban los más bellos objetos, se coloquen flores y todo lo que haya de más noble para homenajearla.

Dicha regla está dentro del orden natural de las cosas y también es seguida en el Cielo. El brillo más grande de la naturaleza angélica, el fulgor más estupendo de la gloria de Dios en los ángeles debe haber aparecido exactamente en el momento en el que la Virgen subió al Cielo.

Si les hubiera sido permitido a los mortales ver a los ángeles en esa ocasión, éstos se presentarían rutilantísimos, con un esplendor absolutamente excepcional. Y si no les fue dado a todos los hombres contemplarlo entonces, es seguro, al menos, que su presencia se sintió de modo imponderable, porque en la Historia a menudo ocurre así, aunque no se tratara propiamente de una visión o de una revelación.

Gloria que reluce a los ojos de los hombres

Natural también es que en esa hora el sol brillara de una manera magnífica, que el cielo adquiriera colores variados, reflejando de formas diversas, como una verdadera sinfonía, la gloria de Dios. Y los

La Asunción fue, después de la Ascensión de Nuestro Señor, el hecho más glorioso de la Historia, comparable únicamente con el día del Juicio final

que allí estaban presentes deben haber sentido en sí, de modo extraordinario, esa manifestación del esplendor de Dios.

Pero nada de eso se puede comparar con el propio esplendor de la Santísima Virgen subiendo al Cielo. A medida que se elevaba, la gloria interior de Ella ciertamente iba trasluciendo más a los ojos de los hombres, como una verdadera transfiguración, similar a la del Tabor.

Aludiendo proféticamente a Nuestra Señora dice el Antiguo Testamento: “*Omnis gloria eius filiae regis ab intus*” (Sal 44, 14), toda la gloria de la hija del rey le viene de su interior, de lo que está dentro de ella. Y con certeza esa gloria interna que María Santísima poseía se manifestó de una manera estupenda cuando, ya en lo alto de su trayectoria celestial, miró una última vez a los hombres, antes de dejar definitivamente este valle de lágrimas e ingresar en la gloria de Dios.

Se comprende que haya sido, después de la Ascensión de Nuestro Señor, el hecho más esplendorosamente glorioso de la Historia de la tierra, comparable únicamente con el día del Juicio final, en donde Nuestro Señor Jesucristo vendrá con gran pompa y majestad —dicen las Escrituras— para juzgar a vivos y muertos; y con Él, toda reluciente de la gloria del divino Salvador, de un modo indecible, aparecerá también la Virgen a nuestros ojos. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista: «Dr. Plinio». São Paulo. Año XXI. N.º 245 (ago, 2018); pp. 10-12.



Angels David Ferreira

La Ascensión del Señor al Cielo - Iglesia de Jesús, Miami.
En la página anterior, La Coronación de la Virgen,
por Nicolò di Pietro - Museo de Bellas Artes
de Montreal (Canadá)



La Coronación de María - Iglesia de San Ignacio de Loyola, San Sebastián (España)
Foto: Francisco Lecaros

¿Cómo será el Reino de María?

Cualquier cosa que imaginemos sobre el triunfo del Inmaculado Corazón de María no pasa de mero boceto en comparación con las maravillas que Dios obrará a fin de glorificar a su Hija predilecta, su Madre virginal, su Esposa inmaculada.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Sería engañoso pensar que los elegidos, cuando marchan al Cielo, dan por concluida su misión en la tierra. Por el contrario, la verdadera acción de los que se salvan comienza una vez que han cruzado el umbral de la eternidad. Es lo que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira denominaba post historia de un alma, aún más sustancial y eficaz que su existencia terrena, aunque ésta pueda haber sido retumbante y llena de brillo.

A la vista de esto, cabría preguntarnos: ¿Cómo se verifica la materna intervención de la Virgen en los acontecimientos tras su Asunción a la morada celestial?

Para el autor, la post historia de la Santísima Virgen se divide en tres

grandes etapas: el crepúsculo matutino, la aurora y el esplendor meridiano. La era del crepúsculo matutino transcurrió desde los albores de la Iglesia primitiva hasta el cénit de la Edad Media. La aurora comenzó con el estallido de la Revolución,¹ nefasto proceso de deterioro de la civilización cristiana que desemboca en los días actuales, marcados por el caos, por el ateísmo y por la extravagancia. Y el esplendor meridiano comenzará con el triunfo del Corazón Inmaculado de María, antecedido, como todo indica, por un castigo de proporciones apocalípticas.

Vale la pena tratar aquí acerca de la última de esas fases, es decir, la del

reinado de Jesucristo por medio de su Madre.

Glorioso porvenir, superior a cualquier figuración

Al autor le resulta imposible transmitir lo que le viene al alma con respecto al porvenir glorioso reservado a la Santa Iglesia durante el Reino de la Virgen celestial. Le faltan palabras para describirla renovada y radiante de gracia por la acción del divino Espíritu Santo, el cual actuará a favor de ella en María, con María y por María.

Un fragmento de la profecía de Baruc nos ofrece una pálida idea sobre las intuiciones que llenan de entusiasmo su corazón: «Jerusalén, despójate del vestido de luto y aflicción que lle-

vas, y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te concede. Envuélvete ahora en el manto de la justicia de Dios, y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno, porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos habitan bajo el cielo. Dios te dará un nombre para siempre: “Paz en la justicia” y “Gloria en la piedad”» (5, 1-4).

No obstante, el plan del Altísimo sorprenderá incluso a los espíritus más perspicaces, pues Él «puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos» (Ef 2, 20). Cualquier cosa que imaginemos sobre el triunfo del Corazón de María y del consiguiente enaltecimiento de la Iglesia no pasa de mero boceto en comparación con las maravillas que el Señor de los ejércitos obrará a fin de glorificar a su Hija predilecta, su Madre virginal, su Esposa inmaculada.

Anhelos que anticipan la intervención divina

Esa sublime realidad no excluye, empero, otra aún más bella, apuntada por el Dr. Plinio: «A medida que los justos van engendrando la idea de cómo será el Reino de María, éste se acerca a nosotros»². Es propio al profetismo no sólo prever y anunciar, sino de alguna manera también anticipar y degustar ya los hechos percibidos a distancia.

Al recibir la noticia de que una nubecilla, como la palma de una mano, se levantaba en el horizonte, Elías divisó la lluvia torrencial que caería sobre Israel y haría reverdecer el suelo que había quedado estéril a causa de la implacable sequía con la que Dios había castigado durante tres años los pecados del pueblo. Inmediatamente ordenó que le dijeran al rey Ajab que se apresurara en regresar a su palacio, para que la lluvia no lo detuviera por el camino (cf. 1 Re 18, 41-46).

Ahora bien, más allá del fenómeno físico, el profeta ígneo discernió en la nubecilla una prefigura de la Vir-

gen que traería a la tierra otro diluvio, no de agua sino de gracia: la propia Fuente divina de la gracia, que redimiría al género humano vuelto estéril por la desobediencia de nuestros primeros padres. Y narra la bienaventurada Ana Catalina Emmerick³ que, habiendo escogido a tres de sus discípulos, Elías los envió como mensajeros a los paganos del norte y del sur, incluso al lejano Egipto, para anunciarles que se prepararan, pues estaba por llegar una virgen de la cual nacería el Salvador de los hombres.

Este episodio nos muestra que cuando ciertas almas son llevadas por el soplo de la gracia a volar en



Elías avista la nubecilla
Catedral de Autun (Francia)

*El profeta ígneo
discernió en la nubecilla una prefigura
de la Virgen que
traería a la tierra
la propia Fuente
divina de la gracia*

el firmamento de la futura exaltación de Nuestra Señora, deben dejarse guiar sin recelo. A pesar de que se queden más acá de la realidad, su admirativo anhelo de ver vindicado el honor de la Madre de Dios apresura la manifestación de la justicia y de la misericordia divinas.

En consecuencia, el autor desea tejer algunas consideraciones con respecto al porvenir, basadas en los proféticos comentarios de su maestro espiritual, Plinio Corrêa de Oliveira, para incentivar, así, las inspiraciones de la gracia que hablan en el interior de las almas en el sentido de esperar con confianza la intervención divina en los acontecimientos, determinando el fin del dominio revolucionario y la instauración del reinado de Jesús por María.

“Las almas respirarán a María”

En la expectativa profética del Dr. Plinio, la era marial será una época de transmisión de dádivas celestiales inéditas: «Espero que Nuestra Señora nos dé dones inimaginables, súper aumentados, mucho más bellos y mucho más admirables que los ya conocidos, que ni sepamos qué decir»⁴. Ahora bien, para verificarse tal comunicación de gracias y designios, la humanidad debe seguir el mismo camino andado por María Santísima: el de la Sagrada Esclavitud.

En el Reino de la Virgen los hombres participarán en un grado altísimo del amor que une al divino Espíritu Santo con Nuestra Señora. Según la expresión de San Luis Grignon de Montfort, «las almas respirarán a María»⁵, es decir, se sentirán blanco de su inconmensurable y gratuito amor y, en consecuencia, la amarán con confianza, arrebatación y cariño. De ese afecto inefable nacerá un discernimiento de los espíritus mutuo, mediante el cual contemplarán unas en las otras el aspecto específico de la Madre de Dios que están llamadas a reflejar.

Sin embargo, eso sólo se realizará a través de un vínculo de esclavitud espiritual estrechísimo con la Soberana del universo, todo hecho de admiración, veneración y ternura, así como de disposición radical para el servicio, la obediencia y el holocausto. De ese modo toda la sociedad será elevada a un nuevo nivel de vida sobrenatural, cumpliendo en plenitud las palabras de San Pablo: «Si alguno está en Cristo es una criatura nueva» (2 Cor 5, 17). En el conjunto de la opinión pública refulgirá la imagen y semejanza de Jesús por la mediación universal de María.

Reino de la clemencia, de la piedad y de la dulzura

En función de esa perspectiva, ¿cómo definir el Reino de María?

Será el reinado de la clemencia, de la piedad y de la dulzura de Nuestra Señora, la era histórica en la cual su espíritu estará presente en cada criatura y su amor cubrirá, como niebla alba y discreta, toda la tierra. Así como en los días actuales se inhala en cualquier parte el hálito pestilente e inmundado de la Revolución, caracterizado por la rebelión, el igualitarismo y la sensualidad desenfadada, durante el Reino de María se respirará el suave perfume de la presencia y de las virtudes de la Reina celestial, sea en las almas y en los ambientes, sea en las costumbres e incluso en las civilizaciones.

El gran profeta y apóstol de María, San Luis Grignon de Montfort,⁶ explica que la Virgen engendrará en las almas de los paladines de su reinado una santidad tan suprema, al tratarse de una participación en sus propias virtudes, que tendrán en el orden de la gracia la proporción de los cedros del Líbano con relación a los arbustos al compararlos con los santos de las épocas anteriores.

A esos elegidos se mostrará y se entregará por entero, como jamás lo ha hecho. Habrá un momento en

que cada uno de sus hijos y esclavos la verá como transfigurada delante de sí y experimentará los torrentes de amor y de misericordia que emanan de su Corazón. Todo quedará limpio, perdonado y restaurado. El Reino de María, realización máxima del Reino de Cristo, estará fundado en las almas.

Se desvelará el Secreto de María

Tal auge de vitalidad sobrenatural hará de la Iglesia y de la sociedad una imagen del cuerpo glorioso de Cristo. Sustancialmente será siempre el mismo y único Cuerpo Místico, pero es-



Mons. João S. Clá Dias venera la imagen de María Auxiliadora de la Casa de Formación Tabor, en junio de 2015

*Por una acción
de la gracia, esa
cognición irá
acompañada de una
añadidura de amor,
devoción y piedad
para con Ella*

tará adornado de cualidades nuevas, las cuales le conferirán una luz intensísima. Por su parte, los hombres continuarán sujetos a las malas tendencias instiladas por el pecado original; no obstante, es de esperarse que, en la mayoría de los casos, permanecerán sometidas a la razón iluminada por la fe, como resultado de una moción extraordinaria de la gracia concedida por la misericordia divina.

Para lograr ese grado de santificación y renovación de su Esposa Mística, el Señor realizará a favor de la humanidad algo análogo a lo que les sucedió a los discípulos en los días posteriores a la Pascua de Resurrección: les abrirá el espíritu para entender las Escrituras (cf. Lc 24, 45). Se desvelará entonces el Secreto de María,⁷ que consiste en una verdad conocida, pero no enteramente comprendida y amada. En este sentido, el Dr. Plinio afirma:

«Me da la impresión, no puedo estar seguro, de que el Secreto de María será una luz nueva sobre una verdad ya manifestada, pero cuya interpretación saltará a los ojos particularmente en esa época de la Historia. Tal verdad, contenida en la Revelación oficial, se referiría a la propia esencia de Dios y, a partir de ella, a las relaciones de Dios con la Virgen, con la Iglesia y con todas las almas. En consecuencia, las relaciones de los hombres con el universo —en el ámbito cultural, político, social y económico— estarían condicionadas a fondo por ese dato nuevo, sobre el cual incidiría una luz especial».⁸

El Secreto de María no se limitará, sin embargo, a la simple asimilación de una verdad, aunque sea necesaria, porque no se ama lo que no se conoce. La clara noción con respecto a Nuestra Señora producirá en los corazones un efecto similar al experimentado por los discípulos de Emaús al oír las enseñanzas del divino Maestro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el ca-

mino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32).

Por una acción de la gracia, esa cognición irá acompañada de una añadidura de amor, devoción y piedad para con Ella, que redundará, conforme indica el Dr. Plinio, en «una cierta unión de pensamientos y canales con María y, por Ella, con Jesús, que ahora no entendemos cómo serán. Se trata de algo sublime y misterioso»⁹.

De esas gracias surgirá una nueva civilización

La plena revelación de ese secreto abrirá las mentes y los corazones a dos aspectos específicos de la Virgen. Por una parte, se verificará una enorme profundización en la comprensión de las relaciones de Ella con la tres Personas divinas, como mencionamos más arriba. A la luz de esa convivencia, la interrelación entre las almas adquirirá tal proporción que, como explica el Dr. Plinio, «se establecería una especie de paz y de tranquilidad entre los hombres, que daría lugar a una nueva civilización»¹⁰. Y, de modo especial, «se inauguraría una relación con los Corazones de Jesús y de María, marcada por una nota de intimidad que antes no existía»¹¹.

Por otra parte, en virtud de un desarrollo teológico favorecido por gracias insígnies y, quizá, por dones místicos, quedará patente la mediación



Cuadro del Inmaculado Corazón de María perteneciente al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira

*Cada uno de sus hijos
y esclavos la verá
como transfigurada
delante de sí y
experimentará el
amor que emana
de su Corazón*

universal de la Virgen Santísima y su papel en la salvación de los hombres, poniendo de relieve la súper excelencia de su santidad. Como corolario, se hará luz sobre el enigmático proceso revolucionario y los falsos profetas que lo sustentan, los cuales envolvieron en tinieblas a la propia Iglesia.

Señala aún el Dr. Plinio que «esa nueva comprensión les abriría a los hombres tal amplitud de gracias, le daría un carácter tan filial y, al mismo tiempo, tan humilde al vínculo con Ella, que elevaría el nivel de la piedad de los fieles y, *a fortiori*, del clero a una altura sólo vagamente presentida por los siglos anteriores. Así, llegado el momento de la revelación del Secreto de María, nuestras esperanzas de santidad se multiplicarán por un millón»¹².

Como resultado, el bien será exaltado como nunca y el mal execrado hasta sus últimas consecuencias. A medida que esa bendecida era progrese y se acerque a su apogeo, estarán asentadas las bases para que el honor debido al Creador sea dado por completo y, así, se ponga un glorioso término a la Historia. ✧

*Extraído, con adaptaciones, de:
«María Santísima! O Paraíso de
Deus revelado aos homens».
São Paulo: Arautos do Evangelho,
2020, v. III, pp. 59-67; 117-129.*

¹ Puede causar perplejidad el hecho de calificar como auro-ra a un período que se distingue por la sistemática demolición de los valores cristianos y por la decadencia de la propia Iglesia, herida por los pecados de sus hijos. Sin embargo, en medio de las batallas de la Esposa del Cordero contra la Revolución gnóstica e igualitaria, despuntaron varones y damas cuya virtud contenían una fuerza y un esplendor que caracterizan y prenuncian una fase histórica de refinada santidad. San Luis María Grig-

nion de Montfort, por ejemplo, es un santo que trasciende en mucho a su época, plenamente digno de la era marial por él mismo anunciada.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 19/12/1981.

³ Cf. BEATA ANA CATALINA EMMERICK. *Visiones y revelaciones completas*. Madrid: Ciudadela Libros, 2012, v. II, p. 316.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 6/1/1981.

⁵ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 217.

⁶ Cf. Ídem, n.º 47.

⁷ En sus escritos, San Luis Grignon se refiere a la esclavitud de amor a María por él preconizada como un secreto revelado por el Altísimo de un camino seguro hacia la santidad. Más que prácticas piadosas, ese secreto consiste en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María (cf. SAN LUIS MARÍA

GRIGNION DE MONTFORT. *Le secret de Marie*, n.º 1; 28).

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 28/7/1980.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 30/8/1986.

¹⁰ Ídem, ibídem.

¹¹ Ídem, ibídem.

¹² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 28/4/1987.

Reina de los últimos tiempos

San Luis María Grignon de Montfort



Francisco Lecaros



El poder de la Virgen brillará particularmente en los últimos tiempos, cuando el demonio pondrá trampas a su calcañar, es decir, a los hijos y esclavos que Ella suscitará para hacerle la guerra. ¿Quiénes serán esas almas escogidas?

Arriba, la Virgen con el Niño Jesús aplastando al demonio - Catedral de San Pedro, Vannes (Francia)

A través de María comenzó la salvación del mundo y es a través de María que debe ser consumada. María casi no apareció en la primera venida de Jesucristo para que los hombres, poco instruidos e iluminados todavía sobre la Persona de su Hijo, no se apartaran de la verdad, apegándose demasiado fuerte y groseramente a Ella, a causa de los admirables encantos que el Altísimo le había concedido, incluso exteriormente. Tan verdadero es esto que San Dionisio Areopagita nos dejó por escrito que, cuando la vio, la habría tomado por una divinidad, a causa de sus encantos secretos y su belleza incomparable, si la fe, en la cual se hallaba bien confirmado, no le hubiera enseñado lo contrario.

Pero, en la segunda venida de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, para que por medio de Ella sea conocido, amado y servido Jesucristo. Pues las razones que llevaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida, y a no revelarla más que un poco desde la predicación del Evangelio, ya no subsistirán.

María necesita ser más conocida por los hombres

Dios quiere, por tanto, revelar y manifestar a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos.

1. Porque, por su profunda humildad, se ocultó en este mundo y se colocó más abajo que el polvo, habiendo obtenido de Dios, de su apóstoles y evangelistas que no fuera manifestada.

2. Porque, siendo la obra maestra de las manos de Dios, tanto en nuestro mundo por la gracia como en el Cielo por la gloria, Él quiere —por medio de Ella— ser glorificado y alabado en la tierra por los seres vivientes.

3. Como es la aurora que precede y anuncia al Sol de Justicia, que es Jesucristo, ha de ser conocida y vista, para que Jesucristo también lo sea.

4. Siendo la vía por la cual Jesucristo vino a nosotros la primera vez, lo será igualmente cuando venga la segunda, aunque no de la misma manera.

5. Al ser el medio seguro y el camino directo e inmaculado para ir a Jesucristo y encontrarlo perfectamente

te, por Ella es donde las almas puras, llamadas a resplandecer en santidad, lo han de encontrar. Quien encuentre a María encontrará la vida. Ahora bien, no se puede encontrar a María sin buscarla; no puede buscarla el que no la conoce, pues no se busca ni se desea un objeto desconocido. Es necesario, por tanto, que María sea más conocida que nunca, para mayor conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad.

6. María debe brillar, más que nunca, en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos. En misericordia, para llevar de regreso y recibir amorosamente a los pobres pecadores y extraviados que se convertirán y volverán a la Iglesia Católica. En fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos empedernidos, que se rebelarán terriblemente para seducir y hacer caer, con promesas y amenazas, a todos los que se les opongan. Y, finalmente, en gracia para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo, que combatirán por sus intereses.

7. Por último, María debe ser terrible para el demonio y sus secuaces como un ejército en orden de batalla, sobre todo en estos últimos tiempos, porque el demonio, sabiendo muy bien el poco tiempo que le queda —y mucho menos que nunca— para perder a las almas, redoblará cada día sus esfuerzos y ataques. Suscitara en breve crueles persecuciones y preparará terribles emboscadas a los fieles servidores y verdaderos hijos de María, a los que le cuesta vencer mucho más que a los demás.

El enemigo más terrible del demonio

Principalmente a estas últimas y crueles persecuciones

del demonio, que día a día irán en aumento hasta el reino del Anticristo, se debe aplicar aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, lanzada en el paraíso terrenal contra la serpiente.

Viene a propósito explicarla aquí, para gloria de la Santísima Virgen, salvación de sus hijos y confusión de los demonios.

«*Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo eius* – Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; Ella te aplastará la cabeza, y tú le acecharás el calcañar» (Gén 3, 15).

Dios no ha hecho y formado nunca más que una única enemistad, pero irreconciliable, que durará e incluso aumentará hasta el fin: entre María, su digna Madre, y el demonio; entre los hijos y siervos de la Virgen Santa y los hijos y secuaces de Lucifer. De suerte que el enemigo más terrible que Dios ha suscitado contra el demonio es María, su Santa Madre.

Le inspiró, ya desde el paraíso terrenal —aunque no existiera todavía

sino en su mente—, tanto odio contra ese maldito enemigo de Dios, la dotó de tanta sagacidad para descubrir la malicia de esa antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, abatir y aplastar a ese orgulloso impío, que el demonio la teme más que, no solamente a todos los ángeles y hombres, sino, en cierto sentido, al propio Dios.

No porque la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente mayores que los de la Virgen Santa, pues las perfecciones de María son limitadas, sino porque, primero, Satanás, siendo orgulloso, sufre infinitamente más al ser vencido y castigado por una pequeña y humilde sierva de Dios; y su humildad lo humilla más que el poder divino. Y luego porque Dios le ha dado a María un poder tan grande contra los demonios que éstos —como a menudo se han visto obligados a confesarlo por boca de los poseídos— le tienen más miedo a uno solo de sus suspiros por algún alma que las oraciones de todos los santos y a una sola de sus amenazas contra ellos que a todos los demás tormentos.

Lo que Lucifer perdió por orgullo, María lo ganó por humildad; lo que Eva condenó y perdió por desobediencia, María lo salvó por obediencia.

Eva, al obedecer a la serpiente, perdió consigo a todos sus hijos, y los



María debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, para que por medio de Ella sea conocido, amado y servido Jesucristo

María y el Espíritu Santo
Museo de Arte Religioso, Cuzco (Perú)

entregó al demonio; María, al permanecer perfectamente fiel a Dios, salvó consigo a todos sus hijos y siervos, y los consagró a su Majestad.

La raza de la Virgen en lucha contra la raza de la serpiente

Dios no solamente estableció una enemistad, sino enemistades, no sólo entre María y el demonio, sino entre la raza de la Virgen y la raza del demonio; es decir, que Dios ha puesto enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y siervos de la Virgen Santa y los hijos y esclavos del diablo: éstos no se aman mutuamente, no tienen ninguna correspondencia interior entre sí.

Los hijos de Belial, los esclavos de Satanás, los amigos del mundo —pues todo es lo mismo— siempre han perseguido hasta ahora y perseguirán más que nunca a quienes pertenecen a la Santísima Virgen, como en otro tiempo Caín persiguió a su hermano Abel y Esaú a su hermano Jacob, que son las figuras de los réprobos y de los predestinados.

Pero la humilde María logrará siempre la victoria sobre ese orgulloso; y tan grande que llegará a aplastarle la cabeza, donde reside su orgullo. Ella descubrirá siempre sus farsas infernales, disipará sus planes diabólicos y protegerá hasta al fin de los tiempos a sus fieles siervos contra la cruel garra del demonio.

Pequeños según el mundo, grandes en santidad

El poder de María sobre todos los diablos resplandecerá particularmente en los últimos tiempos, cuando Satanás pondrá trampas a su calcañar, es decir, a sus humildes esclavos y sus pobres hijos que Ella suscitará para hacerle la guerra.

Serán pequeños y pobres según el mundo, rebajados delante de todos como el calcañar, pisoteados y perseguidos como el talón respecto de los demás miembros del cuerpo. Pero, en cambio, serán ricos en gracia de Dios, que María les distribuirá abun-

dantemente; grandes y elevados en santidad delante de Dios; superiores a toda criatura por su ardiente celo; y tan fuertemente apoyados en el socorro divino que, con la humildad de su calcañar y en unión con María, aplastarán la cabeza del demonio y harán triunfar a Jesucristo.

En fin, Dios quiere que su santa Madre sea hoy más conocida, más amada, más honrada como nunca lo ha sido. Lo que sin duda sucederá si los predestinados, con la gracia y la luz del Espíritu Santo, entran en la práctica interior y perfecta que les revelaré a continuación.

Entonces verán claramente, tanto como la fe lo permite, a esta hermosa Estrella del mar y, bajo su mando, llegarán a puerto seguro, a pesar de las tempestades y de los piratas. Conocerán las grandezas de esta Soberana y se consagrarán entera-

mente a su servicio como súbditos y esclavos de amor. Experimentarán sus dulzuras y sus bondades maternas, y la amarán con ternura como sus hijos de predilección. Conocerán las misericordias que rebosan en Ella y sentirán la necesidad de su socorro, y recurrirán a Ella en todo como a su querida Abogada y Mediadora ante Jesucristo. Sabrán que es el medio más seguro, más fácil, más corto y más perfecto para llegar a Jesucristo, y se consagrarán a Ella, en cuerpo y alma, sin reserva, para pertenecer del mismo modo a Jesucristo.

Apóstoles verdaderos de los últimos tiempos

Pero ¿quiénes serán esos siervos, esclavos e hijos de María?

Serán fuego abrasador, ministros del Señor que prenderán el fuego del amor divino por todas partes.

Ella descubrirá siempre sus farsas infernales, y protegerá hasta al fin de los tiempos a sus fieles siervos contra la cruel garra del demonio



Nuestra Señora del Socorro, por Bernardino Mariotto
Museo Cívico de Morrovalle (Italia)

Serán *sicut sagittae in manu potentis*, flechas agudas en la mano poderosa de María para atravesar a sus enemigos.

Serán hijos de Leví, bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones y muy unidos a Dios, que llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu y la mirra de la mortificación en el cuerpo; y serán por doquier el buen olor de Jesucristo para los pobres y sencillos, mientras que para los grandes, los ricos y orgullosos mundanos serán olor de muerte.

Serán nubes atronadoras que volarán por el aire al mínimo sople del Espíritu Santo. Y, sin apegarse a nada, ni sorprenderse de nada, ni afligirse por nada, derramarán la lluvia de la Palabra de Dios y de la vida eterna; tronarán contra el pecado, bramarán contra el mundo, golpearán al demonio y a sus secuaces, y traspasarán de un lado a otro, para la vida o para la muerte, con su espada de dos filos de la Palabra de Dios, a todos aquellos que sean enviados de parte del Altísimo.

Serán apóstoles verdaderos de los últimos tiempos, a quien el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas y conquistar despojos gloriosos sobre sus enemigos; dormirán sin oro ni plata y, lo que es más, sin preocupaciones terrenales, en medio de los demás sacerdotes, eclesiásticos y clérigos, *inter medios clericos*. Sin embargo, tendrán las alas plateadas de la paloma para ir, con la pura intención de la gloria de Dios y



Gustavo Krahl

Pentecostés - Santuario de la Madre del Buen Consejo, Genazzano (Italia). En el destacado, San Luis María Grignon de Montfort - Colección particular



En fin, sabemos que serán verdaderos discípulos de Jesucristo, quienes, caminando sobre las huellas de su pobreza, humildad, desprecio del mundo y caridad, enseñarán la senda estrecha de Dios en la pura verdad, según el santo Evangelio y no según las máximas del mundo, sin afligirse ni hacer acepción de personas; sin perdonar, ni escuchar, ni temer a ningún mortal por poderoso que sea.

Tendrán en su boca la espada de dos filos de la Palabra de Dios; llevarán sobre sus hombros el estandarte ensangrentado de

la cruz, el crucifijo en la mano derecha, el rosario en la izquierda, los sagrados nombres de Jesús y de María en su corazón, y la modestia y mortificación de Jesucristo en toda su conducta.

He aquí a los grandes hombres que vendrán, pero que María suscitará por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre los impíos, idólatras y mahometanos.

Pero ¿cuándo y cómo sucederá eso?...

Sólo Dios lo sabe. A nosotros nos toca callar, rezar, suspirar y esperar: «Yo esperaba con ansia al Señor» (Sal 39, 2). ✧

Extraído de: «Tratado da verdadeira devoção à Santíssima Virgem». 3.^a ed. São Paulo: Retornarei, 2018, pp. 36-45.

*Serán apóstoles
de los últimos
tiempos, a quien
el Señor dará
la palabra y
la fuerza para
obrar maravillas*

de la salvación de las almas, donde el Espíritu Santo los llame, y sólo dejarán en pos de sí, en los lugares donde hayan predicado, el oro de la caridad, que es el cumplimiento de toda la ley.

SANTA JUANA DE CHANTAL

Afectuosa y sobrenatural convivencia

Desde la eternidad, Santa Juana de Chantal continúa la misión iniciada en esta tierra junto con San Francisco de Sales: impedir que se deshagan los lazos de amor que unen a las almas elegidas con el Cielo.



Hna. Luciana Niday Kawahira, EP



San Francisco de Sales le entrega las Reglas a Santa Juana de Chantal - Monasterio de la Visitación, Génova (Italia)

En la iglesia del monasterio de Annecy entra la antigua baronesa de Chantal, pero no revestida ya de los adornos de otrora, sino adornada de las virtudes que la distinguen en el gobierno de la Orden de la Visitación. Y se acerca al féretro donde se encuentra San Francisco de Sales.

Lamentablemente —o quizá, providencialmente— esta fiel discípula no había tenido la oportunidad de verlo en el momento de su muerte, de oír un consejo que pudiera transmitir a sus hijas espirituales, de recibir una última mirada del guía que la dejaba para siempre... Estos dos grandes santos que, juntos, marcaron la Historia con su piadosa confraternidad, se separaron sin despedidas. ¿Por qué? Para purificar su afecto en el fuego de la confianza y hacerlo se-

mejante al sublime amor que envuelve a la Trinidad Beatísima.

Arrodillada ante el cuerpo inerte del obispo de Ginebra, Santa Juana suspira en su interior por un postrer gesto de paternidad. En determinado momento, le coge reverentemente la mano y la pone sobre su cabeza y, para sorpresa y asombro de las religiosas que asisten a la escena, él restituye inmediatamente esa manifestación de estima con la dulzura que tanto lo había caracterizado en vida, iacariciándola durante prolongados instantes!

Este hecho milagroso —que algunos afirman que ocurrió antes del entierro de San Francisco de Sales, en enero de 1623, y otros lo sitúan en agosto de 1632, cuando fueron exhumados los restos del santo prelado y lo encontraron incorrupto—, ilustra la intensidad del amor que unió a los

dos santos en la tierra, hasta el punto de sobrepasar los límites de la eternidad.

Una niña de espíritu fuerte y vivaz

Jeanne-Françoise Frémyot de Chantal nació en Dijon, el 23 de enero de 1572, durante el pontificado de San Pío V. Su padre era el magistrado Bénigne Frémyot y su madre Marguerite de Berbisey, la cual falleció cuando la niña tan sólo tenía dieciocho meses de edad, dejando a sus tres hijos bajo la tutela de su esposo.

Pocas horas después de venir al mundo, la pequeña recibió el Bautismo con el nombre de Juana, en honor del bienaventurado conmemorado aquel día, San Juan el Limosnero. Años más tarde, al ser ungida con el santo óleo del Crisma, le fue dado el nombre de Francisca, en homenaje al dulce *Poverello* de Asís.

A diferencia de su hermana Margarita, dos años mayor que ella, Juana era una niña muy vivaz. Cuando su padre creía que estaba atareada en los quehaceres cotidianos en compañía de su institutriz, se la podía sorprender corriendo por el establo tras las gallinas, mientras Andrés, su hermanito de 3 años, lloraba asustado, al sentirse indefenso ante las travesuras de Juana.

A la primogénita le gustaba la costura, el bordado, la música; a Andrés la lectura. Juana prefería montar a caballo y hacerle preguntas a su padre, atrapándolo en filiales discusiones. Sus parientes llegaban a comentar la falta de femineidad que notaban en ella, pensando que eso era debido a la ausencia de su madre. Sin embargo, su padre intuía algo más profundo en esa manera de ser de su hija y por eso la defendía y resaltaba la fortaleza de espíritu que dejaba traslucir en los pequeños gestos del día a día.

Su modestia, por ejemplo, destacaba cuando estaba entre las niñas de su edad. A su humildad se unían una pureza y una vigilancia combativas, que le provocan horror a todo lo que pudiera distanciarla de Dios, sobre todo la gente de índole malvada. Tenía tal aversión a los herejes que, al cogerla en brazos para llevarla, iempezaba a gritar hasta que la soltaban!

«Así se quemarán en el Infierno...»

Entre los episodios que marcaron su infancia, hay uno que llama especialmente la atención por revelar cómo sus actitudes exteriores eran reflejo de una inocencia que no condescendía para nada con el mal.

Cierto día, cuando tenía 5 años, su padre se encontraba en casa discutiendo con un pastor calvinista, el cual negaba explícitamente la presencia real de Jesús en la Eucaristía.

Al oír eso, la niña —que escuchaba la conversación a distancia— le contestó al hereje sin ningún respeto humano y con la determinación de un predicador: «El Señor Jesucristo está presente en el Santísimo Sacramento, porque Él mismo lo dijo. Si pretendéis no aceptar lo que Él ha hablado, hacéis de Él un mentiroso».

Tratando de ganarse la confianza de la pequeña, el calvinista le dio unas peladillas. Pero Juana los tiró inmediatamente a la lumbre afirmando: «Así se quemarán en el Infierno los herejes que no crean lo que Jesucristo ha dicho»¹.

«Virtus vulnere virescit»

Durante los años de la adolescencia, la áurea inocencia de Juana recibió la coloración rubra de la prueba, cuando presencié la devastación resultante de las guerras de religión en su patria. Iglesias destruidas, cruces tiradas por las calles. No pocas veces la joven dejó trasparecer lo mucho que sufría al contemplar ese escenario, y derramaba discretas lágrimas.

Cuando Bénigne percibió que ya había llegado el momento de que su hija formara una familia, le propuso a Christophe de Rabutin, barón de

Chantal, pues pensaba que sería un buen partido para ella. La joven asintió con serenidad porque confiaba en el discernimiento paterno.

«*Virtus vulnere virescit*», la virtud reverdece con las heridas. Este lema, divisa del escudo de armas del barón de Chantal, alcanzaría quizá su máxima expresividad cuando los lazos del matrimonio unieron a Juana a esa noble familia.

El matrimonio tuvo cuatro hijos, pero, cuando aún eran pequeños, concluyó con una dolorosa experiencia: un tiro le alcanzó accidentalmente a Christophe durante una cacería y falleció unos días después. Juana enfrentó con virilidad y paz de alma esta dura adversidad, que la dejó viuda con 28 años.

Afecto materno y castidad de corazón

No tardó mucho en decidirse por no casarse nuevamente, a semejanza de la fuerte Judit, elogiada así en la Sagrada Escritura: «A su valor juntaba la castidad; de suerte que después que falleció su marido Manases, no conoció otro varón en toda su vida» (Jdt 16, 22 [26, Vulg.]). Entonces hizo voto de castidad, tomando a Nuestro Señor Jesucristo como Esposo.

Juana se deshizo de numerosas pertenencias y donó gran parte de su fortuna a los pobres, comenzando a vivir dentro de su castillo casi como una religiosa. En lugar de participar en las fiestas sociales que su noble condición le ofrecía, ocupaba el tiempo cuidando de sus hijos y deshaciéndose en atenciones para con sus criados y los campesinos. Todos los placeres que ocupaban lo cotidiano de una dama francesa de principios del siglo XVII fueron rechazados por ella y sustituidos por la oración y la práctica de la caridad.



Poco tiempo después se confirmaba la premonición

La baronesa de Chantal asiste a la predicación de San Francisco de Sales
Iglesia de Notre Dame, Dijon (Francia)

Francisco Lecaros

La belleza física de la joven viuda ya no era resaltada con ornatos y joyas, sino con el afecto materno unido a la castidad de corazón. Su semblante se había convertido en un espejo límpido de su interior. No obstante, para prueba suya, eso movió el celo paterno en busca de otro pretendiente.

Desde toda la eternidad, sin embargo, la Providencia le había reservado a Juana de Chantal un par muy diferente al imaginado por Bénigne. No era en la corte donde lo encontraría, sino en el púlpito... Su padre no supo entender los anhelos de su hija, que fielmente se dejaba guiar por el soplo del Espíritu Santo.

Unidos por un vínculo sobrenatural

En cierta ocasión, cuando regresaba de casa de una amiga, Juana tuvo una visión mística. Se le apareció la figura de un clérigo que vestía sotana negra, sobrepelliz blanca y en la cabeza una birreta, como si fuera a subir al púlpito para predicar. La escena permaneció en su mente hasta que llegó al castillo, mientras en su interior escuchaba: «Este es el hombre amado por Dios y, entre los hom-

bres, aquel en cuyas manos debes depositar tu conciencia»². A continuación, la visión se deshizo, pero fue suficiente como para llenarle el alma con una suave alegría.

Poco tiempo después se confirmaba la premonición: aquel mismo eclesiástico contemplado por ella aparecía en el púlpito de Dijon. Se trataba del obispo de Ginebra, Francisco de Sales, que había ido a predicar durante la Cuaresma. La baronesa estaba en primera fila, bien delante del santo. Sus palabras resonaban en lo más hondo de su alma, mientras una certeza la llevaba a repetir interiormente: «¡Es él, es él!».

Unos días más tarde, San Francisco fue al encuentro de Andrés Frémot, arzobispo de Bourges y hermano de Juana, para preguntarle sobre la distinguida señora vestida de luto que escuchaba el sermón con tanta atención, siempre en el mismo sitio. El prelado le respondió que era su hermana, quien estaba ansiosa por conocer de cerca al insigne predicador. Así se iniciaba la purísima convivencia entre Juana de Chantal y Francisco de Sales, y que condujo a esas dos almas tan distintas, pero

tan unidas en el plano sobrenatural, a fundar juntas la Orden de las Hijas de la Visitación de Santa María.

Nueva forma de convivencia entre los hijos de la luz

La santa amistad que entonces se estableció entre ambos nos remite a las sublimidades de la unión existente entre los santos del Cielo, toda ella hecha de afecto purísimo y caluroso. Así escribía San Francisco de Sales a Santa Juana, en una nota: «Al parecer, ha sido Dios quien me ha dado a vos. Cada vez estoy más convencido de ello. De momento, todo lo que os puedo decir es: encomendadme a vuestro ángel de la guarda»³.

Más adelante, ponderó en otra misiva los preciosos quilates de esa relación espiritual: «Esta amistad es más blanca que la nieve, más pura que el sol; por eso no le llevé las riendas... sino que la dejé correr a voluntad»⁴.

San Francisco de Sales «se sentía de tal forma unido a su correspondiente que hizo desaparecer de su lengua todas las palabras que indicaran cualquier distinción. Llegaba a hablar de “nuestro corazón”, que él veía y percibía como “siendo único”. Sólo “aquel que es la unidad por esencia” puede “fundir tan perfectamente dos espíritus, de tal forma que ya no eran sino un solo espíritu, indivisible, inseparable”. El tono de su correspondencia corría a menudo el riesgo de causar sorpresa. Por ejemplo, las afectuosas buenas noches que le deseaba: “Buenas noches, mi queridísima hija, pero un millón de buenas noches. Conservaos así, siempre dulce, y tomad el descanso requerido por nuestro cuerpo”»⁵.

Más que un noble sentimiento, el amor entre ambos reflejaba una nueva forma de convivencia entre los hijos de la luz, por la cual la gracia que habita en el alma de uno se comunica al alma del otro y conduce a un amor a Dios que jamás cada cual alcanzaría por sí solo.



La santa amistad que entonces se estableció entre ambos nos remite a las sublimidades de la unión existente entre los santos del Cielo

San Francisco de Sales recibe a Santa Juana de Chantal
Iglesia de Notre Dame, Beaune (Francia)

Cartas sublimes destruidas por prudencia

Por parte de Santa Juana existía una incondicional entrega a su padre espiritual: recibía sus misivas con tamaña veneración que, a veces, se ponía de rodillas para leerlas... En cierta ocasión, le escribió: «¡Oh, padre mío!, ¿cuándo tendré el consuelo de hablar con Vuestra Señoría Ilustrísima?, pues en comparación de esto todo lo demás es para mí nada»⁶. Y si el afecto rebosaba del alma de San Francisco era porque la santa madre se había convertido en un receptáculo fiel, que estaba en entera consonancia con él, como se desprende de otra de sus misivas: «Ved, pues, padre mío, mi débil corazón, que pongo en vuestras manos, para que le apliquéis el remedio conveniente»⁷.

El purísimo amor entre los dos se fue intensificando hasta el día en que la Providencia llamó a San Francisco de Sales para gozar de la visión beatífica. Después de su muerte, las cartas de Juana que estaban con el santo obispo de Ginebra se las enviaron a ella y la prudencia de la madre De Chantal la llevó a tomar una decisión totalmente inesperada: quemarlas!

Tan pronto como sus hijas espirituales supieron de dicha determinación intentaron convencerla para que desistiera, pues las misivas contribuirían para la formación de otras almas que anhelaban la santidad. Todo esfuerzo fue en vano.

Sabiendo de las malas lenguas de los que envidiaban la relación sobrenatural existente entre ambos, Juana juzgó conveniente destruirlas, porque en ellas había expresiones que, sacadas de contexto, podrían ser mal interpretadas por corazones empe-

dercidos... Solamente algunas de esas cartas pasaron a la Historia.

Su misión continúa en el Cielo

La madre De Chantal no se dejó abatir por la ausencia física de San Francisco. Al contrario, continuó con energía el apostolado iniciado a su lado, llegando a fundar en poco tiempo once monasterios en el reino de Francia y en el ducado de Saboya. La mayoría de las vocaciones que los poblaban provenían de familias nobles, que, a semejanza de su fundadora, abandonaron las regalías del mundo para entregarse al servicio de la Iglesia.

En 1641, cuando la madre Juana de Chantal cumplía 69 años, la Orden de la Visitación ya poseía ochenta y siete conventos, habiéndose extendido también por Suiza, Polonia e Italia. Ese año, después del Capítulo general de la Orden, se despidió de la comunidad de Annecy y se marchó a la casa que las Visitandinas (o Salesas) tenían en Moulins.

De camino pasó por París, donde había concertado un encuentro con la reina Ana de Austria, la cual deseaba bastante conversar con ella. Después hizo una confesión general con San Vicente de Paúl, que en esa época asumió su dirección espiritual.

Al parar en Nevers sintió que su salud, ya debilitada, empezaba a empeorar, y al llegar a Moulins presintió que estaba cercana su entrada en la eternidad. Tras recibir los últimos Sacramentos, pidió que le fueran leídos fragmentos de la vida de algunos santos. En su mano derecha sujeta un crucifijo y en la izquierda una vela encendida, en recuerdo del día de su profesión religiosa.



Francisco Lecaros

Desde el Cielo, el corazón apasionado de Santa Juana continúa bombeando caridad en el Cuerpo Místico de Cristo

Santa Juana de Chantal - Catedral de Saint-Gatien, Tours (Francia)

Después de repetir tres veces el nombre de Jesús, entregaba su alma a Dios. Era el 13 de diciembre de 1641. Sus hijas espirituales lamentaron la pérdida de aquella madre que para ellas representaba a la Santísima Virgen y, movidas de admiración y veneración, besaron el pecho donde se hallaba escrito el nombre de Jesús, símbolo de su entrega definitiva a Dios.

Desde la eternidad el corazón apasionado de la santa baronesa continuaría su misión. Se puede decir que hasta hoy permanece bombeando caridad en el Cuerpo Místico de Cristo, impidiendo que se deshagan los lazos de amor que, en esta tierra, unen a las almas elegidas con el Cielo. ✧

¹ CONTI, IMC, Servilio. *O Santo do dia*. 8.ª ed. Petrópolis: Vozes, 2001, p. 549.

² FERRER HORTET, Eusebio. *Santa Juana de Chantal. Madre y fundadora de las Salesas*. Madrid: Palabra, 2009, p. 90.

³ SAN FRANCISCO DE SALES, apud CHAMPAGNE, René. *Francisco de Sales: a paixão pelo outro*. São Paulo: Paulinas, 2003, p. 101.

⁴ Ídem, p. 106.

⁵ CHAMPAGNE, René. *Francisco de Sales: a paixão pelo outro*. São Paulo: Paulinas, 2003, pp. 107-108.

⁶ SANTA JUANA DE CHANTAL. Carta VI. In: *Cartas*.

Madrid: Ibarra, 1828, v. I, p. 11.

⁷ SANTA JUANA DE CHANTAL. Carta XI. In: *Cartas*, op. cit., p. 15.

¡Modelo de confianza heroica!

Aceptar con modestia y fidelidad los designios divinos, a pesar de todos los infortunios, conmueve el corazón de Dios, el primero en darnos ejemplo de amor generoso y desinteresado.



Hna. Cecilia Grasielle Ramos Levermann, EP

Al considerar la vida de los hombres providenciales de la Historia, percibimos que la confianza ha sido el denominador común que marcó la trayectoria de todos ellos. Es lo que ocurrió con los santos patriarcas, los profetas, los jueces, los Apóstoles, las Santas Mujeres, los mártires... en fin, con las innumerables almas que a lo largo de los siglos se mantuvieron fieles a aquel que les había conferido una vocación especial, consumada en la realización de una promesa.

Incluso podemos afirmar que ese camino se abrió con nuestro primer padre cuando, después del pecado original, recibió el anuncio de la venida de un Redentor. Atravesó este penoso valle de lágrimas penitenciándose por su falta, sustentado por la esperanza de que un día la promesa de Dios, finalmente, se cumpliría. Adán confió y, en consecuencia, tuvo en su descendencia una veta de almas llamadas a brillar por una heroica convicción de la victoria, a pesar de todos los desmentidos.

Como parte de ese enorme caleidoscopio de varones y damas de la con-

fianza que surgieron a lo largo de la Historia, reflexionaremos ahora sobre la figura de un personaje del Antiguo Testamento que con su ejemplo marcó las páginas de la Sagrada Escritura.

Alma íntegra y fiel

Entre los judíos llevados en cautiverio a Nínive por los asirios había un hombre justo y temeroso de Dios, que desde su infancia se había mantenido fiel a la ley. Tobit era el nombre de ese varón de modélica virtud.

Llevar una vida íntegra en medio del horror del mundo pagano cons-

A las grandes vocaciones no les basta únicamente con ser intrépidas delante de los hombres: es necesario escalar la cima del heroísmo, «venciendo» a Dios



Reproducción

tituía una prueba ante la cual muchos judíos prevaricaban, acabando por ceder a una especie de unanimismo de cara al mal. Tobit, no obstante, preservó su alma de las depravaciones de los gentiles que vivían a su alrededor.

Ahora bien, «porque tuvo presente al Señor y le amó con todo su corazón» (Tob 1, 13), el Altísimo le dispensó muestras de especial protección: Tobit conquistó cierta benevolencia del rey asirio y, por ello, gozaba de mayor libertad en la sociedad niniuita. De ella se valía para fortalecer, consolar y animar a algunos buenos que aún quedaban en aquellas duras penas del exilio.

Modesto «vencedor» de Dios

Generoso y sin pretensiones, se dedicaba a sus hermanos con solicitud impar, sin preocuparse de sus propias comodidades. Siempre mantenía encendida la esperanza de que Dios reuniría en una nueva Jerusalén a los deportados de su pueblo esparcidos por las naciones (cf. Jer 31, 10-40).

Sin embargo, a las grandes vocaciones no les basta únicamente con ser

intrépidas delante de los hombres: es necesario escalar la cima del heroísmo, «venciendo» a Dios. Sí, porque —¡oh misterio!— a menudo la Divina Providencia se complace en aparecer «indiferente» ante su propia causa y aparentar ser enemiga de los que con más celo luchan por su gloria... Su verdadera intención, empero, consiste en promover en estas almas el brillo de una virtud que le es absolutamente irresistible: ¡la modestia!

Combatir, por tanto, con perseverancia invencible a pesar de todos los infortunios, teniendo como único objetivo el triunfo de Dios en la tierra, conmueve al Creador, el primero en darnos ejemplo de amor infinito y desinteresado: al entregarnos a su Hijo unigénito, nos rescató de la muerte en que yacíamos por nuestra propia culpa. A esa prueba de modestia fue sometido Tobit cuando, pese a sus buenas obras, se quedó ciego.

Él, que siempre había hecho el bien, ¿recibía como recompensa la pérdida de la vista? Al final, ¿qué mal había practicado para merecer tamaña desventura? Si no fuera un hombre recto y santo, su actitud ante tan trágico accidente habría sido de rebelión e inconformidad. ¡Cuántas y cuántas incomprendiones de sus más allegados no deben haberle turbado su interior!

Solamente un alma adornada de una confianza heroica podría, ante tal situación, discernir y aceptar los designios de lo alto. Tobit supo dar su «sí» a la voluntad divina, porque «como desde su niñez vivió siempre en temor de Dios y guardó sus mandamientos, no se quejó contra Dios por la desgracia de la ceguera que le envió; sino que permaneció firme en el temor de Dios,

dándole gracias todos los días de su vida» (Tob 2, 13- 14).

Delicadeza propia a las almas desinteresadas

Poco tiempo después, al sentir cercana su muerte, Tobit se vio en la necesidad de preparar a su hijo, Tobías, para que asumiera el cargo de jefe de familia. Entonces lo llamó y trató de afirmar en su espíritu, a través de consejos, todo lo que le había transmitido mediante el ejemplo.

A continuación, aun sabiendo que corría el riesgo de fallecer sin tener a su hijo a su lado, le incumbió que emprendiera un viaje en busca de la devolución de un préstamo que, tras su muerte, le proporcionaría cierta estabilidad a su esposa.

A través de esa actitud, característica de las almas desinteresadas, Tobit denotó poseer una inmensa delicadeza de espíritu y un completo abandono en las manos de la Providencia. Además, porque supo dar admirables muestras de abnegación, preocupándose más con el bienestar de los demás que con el suyo propio, ¡enseguida pudo ver los frutos de su edificante acto de generosidad!

Tras ver confirmada su decisión al encontrar a un «gallardo joven» (Tob 5, 5) dispuesto a acompañar a su

hijo durante el viaje, Tobit se despidió de Tobías, seguro de que dentro de poco lo tendría de vuelta sano y salvo.

Se iniciaba así la aventura de Tobías, quien obtendría más tarde muchas victorias gracias a la fe rutilante de su santo padre. Quién sabe si no sería esa certeza inquebrantable en la protección divina la que «obligó» al mismo Dios a atender a Tobit en todos sus anhelos.

Un amargo cáliz conduce a la victoria

Pasado el tiempo previsto para el regreso de su hijo, Tobit empezó a inquietarse: «¿Por qué Tobías tarda tanto? ¿Porqué se demora lejos de sus padres?».

Con el auxilio del arcángel San Rafael, que acompañó a Tobías, estaba siendo trazado divinamente el futuro de su familia



Tobías y el ángel, por Davide Ghirlandaio - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York
En la página anterior, el arcángel San Rafael se revela a Tobías y a sus padres
Iglesia de Sainte-Ségoène, Metz (Francia)

Reproducción

Sin embargo, muchas cosas ocurrieron durante el viaje... Con el auxilio del arcángel San Rafael, el «hombre fiel» (Tob 5, 4) que se había ofrecido a acompañar a Tobías, estaba siendo trazado divinamente el futuro de su familia. Mientras que a Tobit le era pedido el tormento de la espera, su hijo recibía a Sara como esposa. Juntos vencieron de modo magnífico la maldición que pesaba sobre ella y se convirtieron en padres de una bendecida descendencia. No obstante, nada de eso se le presentaba claramente y por eso padecía atrozmente la ausencia de su hijo.

Ese es el momento del *consumatum est* (cf. Jn 19, 30) de los varones de la confianza: tras arrojarle en las manos del Todopoderoso seguros de que Él los amparará, tienen que sorber el amargo cáliz de la espera, mientras que el tiempo, que les perfora el corazón, parece desmentir la promesa depositada en su alma. Y al constatar su «fracaso», después de arriesgar el todo por el todo, como que «entregan su espíritu» a la intervención divina en un nuevo y más heroico acto de confianza: «Incluso frente a la no realización de mis esperanzas, ¡aún confío! Dios me dará la victoria».

Consumada la «pasión de la confianza», se concretizan todos los deseos.

El final de una venerable trayectoria

Es lo que sucedió con Tobit, el cual no sólo recibió de vuelta el valor de su préstamo, sino que también le fue restituida la vista y multiplicada su descendencia. Al regresar del viaje con la hiel de un pez que San Rafael le había indicado como remedio, y acompañado de Sara, su esposa, Tobías le abrió los ojos a su padre para que contemplara un futuro mucho más glorioso. Por eso Tobit declara en su plegaria:

«¡Oh alma mía!, bendice al Señor, porque el Señor Dios nuestro



El arcángel San Rafael con Tobías
Iglesia de Saint-Sulpice,
Fougères (Francia)

*Es necesario que
comprendamos el
valor inestimable
que a los ojos de Dios
posee la confianza
de sus elegidos en
sus promesas*

ha librado a su ciudad de Jerusalén de todas sus tribulaciones. Dicho seré yo si algunas reliquias de mi descendencia lograren ver el resplandor y la gloria venidera de Jerusalén. De zafiros y de esmeraldas serán entonces labradas las puertas de Jerusalén, y de piedras preciosas todo el circuito de sus muros. Todas sus calles serán enlosadas de piedras blancas y relucientes; y en todos sus barrios se oirán cantar aleluyas. Bendito sea el Señor que la ha ensalzado;

y reine en ella por los siglos de los siglos» (Tob 13, 19-23).

La venerable trayectoria terrena de Tobit se encierra con la transmisión de su invencible esperanza a sus descendientes: «A la hora de su muerte llamó a sí a su hijo Tobías, y a los siete mancebos hijos de éste, nietos suyos, y les dijo: “Presto sucederá la ruina de Nínive; pues la Palabra del Señor no puede faltar; y nuestros hermanos que están dispersos fuera de la tierra de Israel, volverán a ella; y será repoblado todo aquel país desierto, y reedificada de nuevo la casa de Dios, que fue allí entregada a las llamas, y volverán allá todos los que temen a Dios; y las gentes o gentiles abandonarán sus ídolos, y vendrán a Jerusalén para morar en ella; allí se regocijarán todos los reyes de la tierra, adorando al Cristo Rey de Israel”» (Tob 14, 5-9).

¡La Santa Iglesia vencerá!

Difícil sería narrar aquí, paso a paso, todo el desarrollo de la vida de este personaje, marcada por la sublime protección del arcángel San Rafael. Sin embargo, estas consideraciones son suficientes para que comprendamos el valor inestimable que posee a los ojos de Dios la confianza de sus elegidos en las promesas que Él, en su infinita bondad, les hace en lo hondo de su alma.

El ejemplo de Tobit nos llena de esperanza en la victoria de la Santa Iglesia, sobre todo en estos tiempos en que la humanidad está inmersa en el olvido de Dios. Ocurra lo que ocurra, la Esposa de Cristo triunfará, porque así lo prometió el divino Redentor: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18). Y para que nuestra fe no languidezca ante las pruebas y desmentidos, fijemos los ojos en los grandes modelos de confianza que están a nuestro alcance, a fin de que podamos contemplar, aún en esta vida, la Jerusalén celestial en todo su esplendor. ✧

Belleza y fe en Brasil: entre el pasado y el presente

Es necesario actualizar los paisajes del presente creando obras «estéticamente consagradas», en armonía con los exuberantes panoramas concedidos por Dios a nuestro querido Brasil.



P. Felipe de Azevedo Ramos, EP

Si lo bello es aquello que agrada a la vista, conforme afirma Santo Tomás de Aquino,¹ podemos decir que Brasil fue agraciado con un inmenso tesoro de encantos naturales.

De hecho, el territorio nacional alberga riquezas inigualables. Bajo la simbólica égida de la Cruz del Sur se extienden bosques, praderas y regiones desérticas, llanuras y cadenas montañosas, rodeados de vastas zonas costeras salpicadas por islas paradisíacas. En ellas habitan una fauna y una flora variadísima, matizada con colores casi infinitos...

No sin razón, muchos portugueses de la época del Descubrimiento pensaban que habían encontrado el Edén, tal era la fascinación que el Nuevo

Mundo les provocaba. «Ciertamente si el paraíso terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellas regiones»,² escribió admirado el navegante italiano Américo Vespucio en 1502.

A esas maravillas de la naturaleza, no obstante, se le suma el arte humano. Cuando éste se une armoniosamente a un panorama parece que le confiere algo de religioso y de sagrado, pues la belleza de las obras creadas refleja no sólo la sabiduría y el ingenio del artífice, sino también su fe.

La lección de Venecia

Con respecto a esto, el filósofo Roger Scruton, recientemente fallecido, comentaba sobre Venecia: «¿Quién puede dudar, al visitarla, que esa exu-

berante flor del esfuerzo estético no estaba enraizada en la fe y regada con lágrimas penitenciales? De seguro que si hoy queremos construir asentamientos deberíamos prestar atención a la lección de Venecia. Tendríamos que comenzar siempre con un acto de consagración, ya que de este modo echaríamos las verdaderas raíces de una comunidad»³.

En efecto, el arte de la proverbial ciudad italiana, no solamente en la basílica de San Marcos —cuyo «brillo no es de este mundo»⁴, como también decía el pensador británico—, sino en todo su conjunto, manifiesta algo de divino, de trascendental y de sublime, que nos transporta a realidades supramundanas. Para encantarse con la ciudad flotante, denomi-

nada «Serenísima», basta no tener el corazón insensible como el de la condesa Anna de Noailles que tras arribar a una de sus márgenes exclamó en tono burlesco: «*Trop de beauté!*», demasiada belleza.

En realidad, esta dama francesa estaba profundamente equivocada, porque una de las características fundamentales de la belleza es la proporcionalidad: en ella no hay exageraciones. Unido al esplendor, lo bello nos encanta y nos inspira para, finalmente, confortarnos y elevarnos hacia lo más alto del firmamento.

El ejemplo de Brasil

En los últimos cinco siglos no le faltaron a Brasil lo que podríamos llamar, siguiendo la terminología de Scruton, «actos de consagración estéticos».

Por cierto, la primera Misa en suelo brasileño —y primer acto oficial de la nación— estuvo adornada con una rústica y tosca cruz, pero compensada con un «altar muy bien arreglado»⁵, como atestigua Vaz de Caminha, y que se armonizaba con cánticos litúrgicos intercalados por el sonido de las aves nativas y el murmullo sosegado del mar.

Más tarde, el celo misionero edificaría catedrales como la de Olinda, en el estado de Pernambuco, enmarcada por el azul turquesa del océano y por frondosas palmeras. Por su parte, la iglesia de San Francisco de Asís, de Ouro Preto, en Minas Gerais, enclavada entre valles y montañas, consagra la obra del famoso escultor Aleijadinho en medio a una atmósfera confortable y plácida, cuya fe exhala un

bálsamo casi místico. Finalmente, no podríamos omitir al Cristo Redentor de Río de Janeiro, monumento arquitectónico de devoción, con sus brazos extendidos para acoger a los peregrinos y, al mismo tiempo, enaltecer el escenario fantástico que lo envuelve.

Ahora bien, retomando la idea del pensador inglés podríamos preguntarnos: ¿Cómo se ha de construir hoy armonizando belleza y fe?

Mirando hacia el pasado...

Para responder correctamente, conviene que dirijamos la mirada al pasado.

Cuando los valerosos monjes de antaño erigían un monasterio en la cima de una montaña, enfrentado todas las dificultades que eso conlleva, lo hacían con el objetivo de estar «más

Lucio César Rodrigues Alves



Ayuntamiento de Olinda (CC 2.0 by-sa)

Gustavo Kralj



JakobVoss (CC 3.0 by-sa)

«Damos forma a nuestros edificios y luego nuestros edificios nos dan forma a nosotros»

Vista aérea de Ouro Preto con la iglesia de San Francisco en primer plano; catedral de Olinda; el Gran Canal de Venecia con el palacio Cavalli Franchetti en primer plano y la basílica de Santa Maria della Salute al fondo; Mont Saint-Michel (Francia)



Es necesario actualizar los paisajes del presente creando obras «estéticamente consagradas»

Puesta de sol en la Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

cerca» de Dios, en todos los sentidos. Sangre, sudor y lágrimas regaban el suelo de aquellas construcciones religiosas, dando lugar a las nupcias entre la belleza y la fe. El esfuerzo valía la pena, pues la proximidad con lo sobrenatural vuelve pequeño cualquier sacrificio.

Aquellos religiosos del medioevo se guiaban implícitamente por el principio más tarde enunciado por Winston Churchill: «Damos forma a nuestros edificios y luego nuestros edificios nos dan forma a nosotros». Y lo aplicaban con una visión trascendente y perenne. Sus construcciones estaban destinadas a atraer y formar no sólo los corazones de su misma generación sino también a los de las venideras. No en vano abadías como la del monte Saint-Michel (Francia) reúnen aún hoy día a millones de visitantes al año.

Al contrario de lo que pregona la mentalidad «descartable» tan en boga

en nuestro tiempo, un edificio religioso debe ser el prototipo de lo bello, pues solamente lo bello es perenne, como eterno es el propio Dios. Lo feo, a su vez, es transitorio y por eso mismo, inútil. Si una edificación nos causa horror a la vista también nos genera malestar y, por consiguiente, nadie desearía vivir en ella, precisamente porque «deformaría» el alma.

...a fin de construir el presente

¿Y hoy? ¿Aún es posible unir en Brasil, o en cualquier país, una arquitectura impregnada de fe y adornada por un bello escenario?

Quien recorre la sierra de la Cantareira, al norte de la capital paulista, siente su atención atraída por la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de los Heraldos del Evangelio, que pretende ciertamente empaparse de las fuentes clásicas del arte religioso, aunque con sólidos rasgos de origi-

nalidad. El edificio sagrado, enmarcado por la Mata Atlântica (bosque tropical atlántico, en español), conjuga lo maravilloso, la solemnidad y la devoción. Por su parte, la casa Lumen Maris, en Ubatuba, también de los Heraldos del Evangelio, asoma intrépidamente sobre una colina bordeada por algunos de los paisajes más encantadores del litoral brasileño.

Pues bien, estos son dos ejemplos contemporáneos de cómo la belleza y la fe no están anticuadas. El patrimonio histórico y la naturaleza han de ser preservados, pero es necesario actualizar los paisajes del presente creando obras «estéticamente consagradas», en armonía con los exuberantes panoramas concedidos por Dios a nuestro querido Brasil.

La fe para los brasileños no exige pruebas. Está proclamada por la naturaleza y por los edificios que por ella fueron erigidos. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 5, a. 4, ad 1.

² VESPUCIO, Américo. *Mundus Novus*. Carta a Lorenzo di

Pierfrancesco dei Medici. In: *Novo Mundo: as cartas que batizaram a América*. Rio de Janeiro: Fundação Darcy Ribeiro, 2014, p. 10.

³ SCRUTON, Roger. *The Beauty of Belonging*. In: www.plough.com.

⁴ Ídem, ibídem.

⁵ CAMINHA, Pero Vaz de. *A carta de Pero Vaz de Caminha*. Rio de Janeiro: Agir, 1965, p. 52.

«Brille su luz ante los hombres»

De los incontables favores dispensados por la Divina Providencia por intercesión de Dña. Lucilia, deseo narrar aquí algunos más, para que, viendo sus buenas obras, los hombres glorifiquen a Dios.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

Extremamente dadivosa ha sido Dña. Lucilia en sus demostraciones de afecto y compasión por aquellos que buscan su auxilio. A tal punto que, siendo esta noble dama espejo de la bondad y del amor de María, se le puede aplicar a ella las palabras del Acordaos, de San Bernardo: los que han acudido a su protección, implorando su asistencia y reclamando su socorro, no son abandonados.

Eso es lo que se desprende de los numerosos relatos que llegan hasta nosotros por los más variados medios. Y, a fin de no esconder bajo el celemín tan «luciliana» lámpara, paso a narrar algunos más de los incontables favores dispensados por Dios a través de esa bondadosísima hija suya. De esta manera los hombres, al ver sus buenas

obras, glorificarán al Padre celestial (cf. Mt 5, 15-16).

«¡Para Dios nada es imposible!»

Ante una enfermedad misteriosa y aparentemente incurable, ocasionada por una herida, Dejair Eiterer, de Juiz

«Fue un período muy difícil para mí; tomaba morfina de cuatro en cuatro horas y no sentía alivio alguno»

de Fora (Brasil), fue aconsejado a pedir el auxilio de Dña. Lucilia, para lograr el restablecimiento de su salud:

«Fui a varios especialistas —dermatólogo, reumatólogo, angiólogo, médico generalista...—, pero ninguno tuvo éxito. Fue un período muy difícil para mí. Tomaba morfina de cuatro en cuatro horas y, aun así, no sentía alivio alguno.

«El médico encargado de mi caso me dijo que era imposible que tomando morfina cada cuatro horas sintiera dolor. Por eso, tras hablar con su equipo, todos estuvieron de acuerdo de que lo mejor sería amputarme las piernas, ya que el tratamiento no estaba dando resultado.

«Al día siguiente de la terrible noticia, mi compadre, Expedito Alfonso, llevó a un sacerdote heraldo para que me hiciera una visita. Durante



João S. Clá Dias / Leandro Souza

Doña Lucília Corrêa de Oliveira,
con 92 años, fotografiada por
Mons. João Scognamiglio Clá Dias

la conversación, este sacerdote afirmó: “El médico dijo que tendría que amputar, pero ¿quién es el verdadero médico? ¡Es Dios! ¡Y para Dios nada es imposible!”.

«Tras haber dicho eso, el sacerdote me bendijo y rezó conmigo tres avemarías. En seguida, sacó del bolsillo una foto de Dña. Lucília, de quien nunca había oído hablar, y me sugirió que rezara con fe una avemaría recurriendo a su intercesión todos los días.

«Estaba rezando mucho desde hacía casi un año y, en aquel momento, surgió en todos los presentes una certeza interior de que sería curado por intercesión de Dña. Lucília».

«¡Todo empezó a cambiar!»

Dejair pronto confirmó la certeza que llevaba en su corazón:

«¡A partir de esa visita todo empezó a cambiar! Un día después me llega el resultado de una analítica en la que se identificaba cuál era la bacteria causante del problema y se descubrió que desde hacía un mes estaba tomando la medicación equivocada. Comencé el tratamiento correcto y en una semana sentí alivio. Me tenían que hacer otro raspado, pero

el coágulo que tenía en la pierna salió en el momento de la cura y no fue necesario efectuarlo. Además, tampoco fue preciso realizar un injerto en el sitio de las heridas, pues habían cicatrizado con el uso de la pomada.

«Después de cincuenta y cinco días internado, recibí el alta. Como aún no podía andar, salí en silla de ruedas y el médico que me había dicho que tendría que amputarme las piernas se quedó impresionado con mi mejoría.

«El 21 de julio fui conduciendo hasta la sede de los Heraldos del Evangelio para agradecerles la gracia alcanzada. Yo, que estaba con vistas a

*«En aquel momento,
surgió en todos
los presentes una
certeza interior de
que sería curado
por intercesión de
Dña. Lucília»*

perder las dos piernas y sufría tremendos dolores, ahora ya no siento ninguna molestia. Desde el día que conocí a Dña. Lucília no dejé de rezarle, un día siquiera, una avemaría en agradecimiento y para pedirle que continúe protegiéndome».

Una petición inmediatamente atendida

Sergio Matías, miembro consagrado de la comunidad católica Fanuel – Rosto de Deus y coordinador de la presencia misionera de dicha institución en la archidiócesis de São Paulo, preocupado con el estado de salud de su padre, decidió pedir el auxilio de Dña. Lucília y fue atendido en seguida:

«Hacía unos quince días que mi padre venía sufriendo un problema en la garganta, como si fuera un bulto o hinchazón, algo que le impedía hasta respirar correctamente, pues acusaba falta de aire. Ya lo había llevado al médico y le había diagnosticado faringitis y recetado un medicamento. El tiempo fue pasando y ese cuadro no

mejoraba. El 22 de abril de este año, mi madre me llamó por teléfono para decirme que mi hermano se lo había llevado al hospital porque había empeorado. Inmediatamente me puse en contacto con mi hermano —aún estaba en el hospital con mi padre—, y me dijo que la médica que lo había examinado pidió una tomografía, porque sospechaba que hubiera un tumor en la zona de la tráquea.

«Esto me dejó muy triste, muy preocupado. Mi padre ya tiene setenta y cuatro años y, a pesar de ser un hombre activo, estaba con la salud debilitada a causa de otros problemas. Entré en contacto con el fundador de nuestra comunidad, Sandro Peres, por medio de WhatsApp, y compartí con él lo que estaba ocurriendo. Le pedí su intercesión, sus oraciones en aquel momento. Él me dijo: “Mira, hoy los Heraldos celebran el aniversario del natalicio de Dña. Lucilia; pídele su intercesión ante una fotografía suya”. Entré en la página web de los Heraldos del Evangelio y allí había una fotografía de Dña. Lucilia. Y exactamente al mediodía, horario de Brasilia, me puse ante la imagen y pedí que aquella valerosa señora, de gran testimonio cristiano y que con

certeza estaba en la gloria de Dios, pudiera interceder a favor de la salud



Dejair Eiterer en su casa, con un cuadro de Dña. Lucilia

«El 21 de julio fui conduciendo hasta la sede de los Heraldos del Evangelio para agradecerles la gracia alcanzada»

de mi padre y que, al salir el resultado de la tomografía, no hubiera nada. Esta fue mi petición: que no tuviera absolutamente nada.

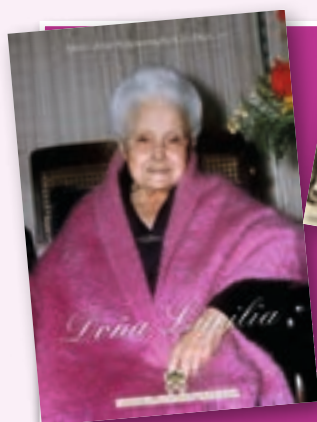
«Después de esa oración, fui hasta el hospital y esperé allí el resultado de la tomografía, que salió alrededor de las 17 h. La médica me dijo: “Mire, su padre no tiene nada. Ni en los pulmones, mucho menos en la zona de la tráquea. Eso pudo ser algo sencillo, de origen estomacal”. Y ese mismo día mi padre regresó a casa».

«Por la intercesión de Dña. Lucilia obtuve esa gracia»

Agradecido por el favor recibido Sergio Matías añade:

«Digo esto porque tenemos fe, la fe que recibimos de la Iglesia, la fe en los santos de la Iglesia, en aquellos que fueron elevados a los altares, pero también en aquellos que en vida realizaron una gran obra por el Evangelio y murieron en estado de santidad. Estas personas con certeza están junto a Dios y ellas también tienen un gran poder de intercesión.

«Por eso creo que, por la intercesión de Dña. Lucilia, el 22 de abril mi padre fue tocado y lo que había en él ya no existe, porque Dios, por su infi-



Doña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44 o a través de correo@salvadmereina.org



En su sonrisa, las luces del crepúsculo y de la aurora

Envolverte y noble, expresión de profunda delicadeza, presente a veces incluso hasta en el dolor, espléndido complemento de su mirada, era sin duda su sonrisa. Trasluciendo en ella la conexión de las virtudes de que habla Santo Tomás de Aquino, estaba marcada, simultánea y discretamente, por una tristeza llena de resignación y por una temperante alegría. Tristeza que con frecuencia llegaba al extremo; alegría que podía a veces ser intensa.

Las tenues y bellas luces del crepúsculo y de la aurora se encontraban siempre unidas en su sonrisa.

Los cambios armónicos de ésta resaltaban la gracia de su fisonomía, que tan bien reflejaba el interior de un alma preponderantemente inclinada a hacer el bien a todos.

Extraído de: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucília*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013, pp. 640, 643.

nita misericordia y en nombre de Jesús, realizó una obra en la vida de mi padre. Todavía están pendientes algunas pruebas, pero sé que por la intercesión de los santos —y ahora para mí, de forma muy particular, por la intercesión de Doña Lucília— nada le pasará a mi padre.

«Quiero agradecer a todos los que compartieron conmigo esa moción, a nuestro fundador, que es devoto de muchos santos, que ama la obra del Dr. Plinio Corrêa de Oliveira y que me aconsejó a recurrir a esta venerable señora, que murió en olor de santidad y está en la gloria de Dios, porque por su intercesión obtuve esa gracia».

Súplica de un corazón necesitado

También Amauri Valentín, de Vila Velha, tras conocer la historia de Dña. Lucília, recurrió a su intercesión y logró en poco tiempo la gracia que desde hacía unos años esperaba alcanzar:

«Mi familia estaba pasando por un momento delicado por una cuestión de herencia. Estaba habiendo mucha discusión y teníamos que tomar una decisión importante, pero había miembros de la familia en desacuerdo con el paso que debíamos dar. Aquella noche recé el Rosario pidiéndole a Dña. Lucília su intercesión.

«El mismo día que la conocí, traté de conversar con ella en mi pensamiento: “Usted, que es madre, que es mujer también, entre en el corazón de mis tías, que son mujeres, entiéndase con ellas y obténganos esa gracia”. Entonces me dormí...

«Desperté en torno a las nueve de la mañana y recibí una llamada de mi tío que me decía que mis dos tías habían aceptado dar el paso para que solucionáramos ese problema que mi familia venía sufriendo desde hacía tres o cuatro años.

«Con una oración del Rosario, con la devoción a Dña. Lucília, conseguí esa gracia. Fue una petición de corazón, de un necesitado, y la recibí. Desde entonces estoy apasionado, tanto por ella como por Plinio».

* * *

Así, desde la eternidad Dña. Lucília ha hecho lucir de modo especial su desvelo y maternal protección a todos los que la buscan, necesitados de un auxilio. ✧

«Creo que, por la intercesión de Dña. Lucília, el 22 de abril mi padre fue tocado y lo que había en él ya no existe»



Captura del vídeo grabado por Sergio Matías donde narra la gracia alcanzada



Davi Machado

«Cuarentena, fe y caridad»

En el momento en que numerosas familias perjudicadas por los efectos de la pandemia pasan por dificultades, los Heraldos del Evangelio, impelidos por su fe, procuran practicar la virtud de la caridad, a través de una amplia campaña de ámbito nacional destinada a auxiliar a todos los necesitados.

Recorriendo la sierra de la Cantareira

Ya han sido recaudadas y distribuidas más de 70 toneladas de alimentos y productos de primera necesidad. Sin embargo, el objetivo no es únicamente llevar auxilio material, sino hacer sentir de algún modo el calor fraternal a quienes reciben los víveres. Si somos hermanos en Cristo, debemos demostrarlo con nuestros actos.

Buena parte de lo recolectado por la campaña «Cuarentena, fe y caridad» fue entregado en las comunidades rurales de la sierra de la Cantareira, donde los Heraldos tienen varias casas y ejercen allí una intensa acción pastoral. Durante los meses de abril y mayo los misioneros de la asociación visitaron hogares y casas de campo para repartir alimentos y artículos de higiene básicos.

Unánime esfuerzo por todo Brasil

Iniciativas similares se desarrollaron en todas las casas esparcidas por el inmenso Brasil. En Ponta Grossa (estado de Paraná) y Vitória (Espírito Santo) fueron distribuidos los mantenimientos en las parroquias; terciarios visitaron a familias necesitadas en Bocaiúva (Minas Gerais); comunidades rurales de Ubatuba (São Paulo) se beneficiaron con cestas básicas; y en Joinville (Santa Catarina) fueron entregadas mantas a la AJIDEVI, entidad local cuyo objetivo es la integración de los deficientes visuales.

En Fortaleza, capital del estado de Ceará, hubo una donación de comestibles para niños con cáncer del Hogar Amigos de Jesús; cestas básicas fueron ofrecidas en Recife (Pernambuco) a parroquias como la de São Gonçalo do Amarante. Lo mismo se hizo en distintos lugares de Brasil, como en Montes Claros (Minas Gerais), Campos dos Goytacazes (Río de Janeiro), Castanhal (Pará) y Río de Janeiro, ciudad donde ya se repartieron dos toneladas y media de alimentos.

El esfuerzo, en suma, fue intenso y entusiasmado, pues, como afirma el coordinador de la campaña, el P. Alex Barbosa de Brito, EP: «la caridad debe ser real y no virtual». ✧



Fotos: João Paulo Rodrigues Chaves



Ubatuba



Montes Claros



Rio de Janeiro



Bocaiúva



Maringá



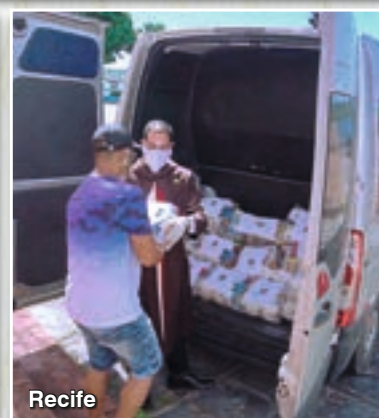
Fortaleza



Ponta Grossa



Campos



Recife



Joinville



Piraquara



Castanhal

Fotos: Heraldos del Evangelio



Fotos: Roberto Salas Vargas

Guatemala – Misioneros heraldos procuraron dar asistencia a los más afectados por la pandemia. Para ello, recorrieron distintos barrios y aldeas de los alrededores de Ciudad de Guatemala. En las fotos, distribución de alimentos en el asentamiento Santo Domingo, municipio de El Tuerto.



Fotos: Iván Tefel e Leo Saballos

El Salvador – El 28 de mayo, los habitantes de la comunidad Guadalupe, próxima al lugar donde está siendo construido el nuevo Centro de Espiritualidad Virgen de Fátima, fueron beneficiados con productos de primera necesidad recaudados por los Heraldos del Evangelio.



Tiago Galvão

Italia – En Guidonia Montecelio, cerca de Roma, tampoco faltaron familias a las que auxiliar con artículos de primera necesidad.



Nuno Moura

Portugal – La comunidad vicentina de Nogueira fue una de las beneficiadas con los mantenimientos recogidos durante la campaña emprendida por los Heraldos.



Fotos: Eric Salas

Madrid – El 29 de junio el cardenal Carlos Osoro Sierra presidió la Misa celebrada por el eterno descanso del P. Pedro Paulo de Figueiredo, EP, en la parroquia de la Inmaculada Concepción. Oriundo de Brasil, el P. Pedro Paulo era el superior de los Heraldos en España, país donde ejerció su apostolado desde la década de 1960.



Fotos: Eric Salas

Sevilla la Nueva – Más de 80 personas se consagraron solemnemente a María Santísima los días 20 y 21 de junio en la casa de los Heraldos del Evangelio de Sevilla la Nueva, en la provincia de Madrid, durante las Celebraciones Eucarísticas presididas por el P. Michael Joseph Carlson, EP.



José Alberto Rugeles

Toledo – Un gran número de artículos de primera necesidad fueron entregados a las familias carentes de varias parroquias de la provincia de Toledo para ayudar a mitigar los efectos de la pandemia. En las fotos, entrega de alimentos en la parroquia de Santa María la Mayor, de Consuegra.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Cardenal Besungu: cada uno tendrá que rendir cuentas de lo que hizo

El cardenal Fridolin Ambongo Besungu, OFM Cap, arzobispo de Kinshasa, capital de la República Democrática del Congo, presidió una Misa con ocasión del aniversario de los 60 años de la independencia del país.

Durante el sermón el purpurado recordó que, a pesar de haber sido conquistada con mucho sacrificio, la independencia del Congo estuvo marcada por el deseo que los congoleños nutrían de asumir «posiciones blancas» para disfrutar de sus beneficios. «Mientras otros reflexionaban sobre el significado de la independencia y preparaban a la gente para sus consecuencias, nosotros, en el Congo, soñábamos con la indepen-

dencia con emoción, pasión, irracionalidad», afirmó.

Para él, el ejercicio de la autoridad en el país era visto por el pueblo como un modo de «acceder al poder no para servir a quien está bajo su responsabilidad, sino para tener los privilegios de los blancos. Pero éstos, mientras ocupaban sus sillas, no estaban sólo divirtiéndose. También trabajaban. Entendieron el significado de su trabajo. Por otra parte, nosotros dejamos de lado la idea del servicio a los demás y enfatizamos el placer».

Al concluir su homilía, el cardenal Besungu recordó que «cada uno de nosotros tendrá que rendir cuentas ante Dios: “¿qué has hecho con tu país?”. Ésta será la pregunta que nos hará el Tribunal Supremo».

Incendio en Nantes: fue dañado un símbolo de nuestra fe

La Conferencia Episcopal de Francia publicó un comunicado sobre el incendio de la catedral de Nantes, ocurrido el 18 de julio, en el cual se señala que, tras «el incendio de Notre Dame de París, en abril de 2019, y el de esta misma catedral de Nantes en 1972, no sólo una parte del patrimonio religioso es lo que se destruye,

sino también lo que se daña es un símbolo de la fe católica, hiriendo el corazón de todos aquellos para los cuales esos edificios son lugares de oración, abrigo espiritual, puntos de referencia para su fe».

En esta dramática coyuntura, los prelados franceses enfatizan la necesidad de que los fieles se unan en oración, en apoyo a los católicos de Nantes.

El día de los hechos, los bomberos constataron que había tres focos de incendio, siendo el principal de ellos localizado cerca del órgano de la iglesia, cuya pérdida fue completa. Construido por Girardet, en 1620, el instrumento había resistido a los ataques de la Revolución francesa, a los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial y al incendio de 1972, más grave que este de 2020. «Es impresionante, es una pérdida inestimable», lamentó el P. François Renaud, administrador diocesano.

De enero a marzo de 2019 la Conferencia Episcopal de Francia registró 228 «actos violentos anticristianos». La Policía francesa, por su parte, confirmó que en 2018 se cometieron 129 robos y 877 incidentes de vandalismo en lugares católicos, principalmente

Histórica iglesia de California es elevada a basílica menor

El día de la fiesta de su patrón, el 15 de julio, la Misión San Buenaventura, de California, fue elevada a la categoría de basílica menor, convirtiéndose en la primera de la región. El arzobispo de Los Ángeles y presidente de la Conferencia de los Obispos Católicos de Estados Unidos, Mons. José Horacio Gómez Velasco, comunicó la decisión, que atiende a una petición hecha hace seis años por el párroco de la misión, el P. Thomas Elewaut, a la



Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

Fundada el 31 de marzo de 1782, la Misión San Buenaventura fue la novena y última creada por San Junípero Serra. Su iglesia es la segunda más antigua de los tres condados que abarca la archidiócesis: Los Ángeles, Ventura y Santa Bárbara. En la archidiócesis de Los Ángeles, la más grande de Estados Unidos, hay aproximadamente 5 millones de católicos.

te en iglesias y cementerios. Este tipo de atentados se cuadruplicaron entre 2008 y 2019. A pesar de que Francia ha sufrido más ataques que cualquier otro país de Europa, los casos están aumentando en todo el continente.

Más iglesias destruidas en Estados Unidos

Una serie de templos católicos localizados en Estados Unidos, desde Florida hasta California, fueron incendiados y vandalizados durante el mes de julio.

La Policía investiga la posibilidad de que esos actos criminales estén relacionados con las protestas organizadas por el movimiento Black Lives Matter, en varias de las cuales han sido derrumbadas estatuas de Cristóbal Colón o de San Junípero Serra. Shaun King, uno de los adeptos a ese movimiento, llega a predicar que sean demolidas todas las imágenes que representan a Nuestro Señor Jesucristo como un «europeo blanco», pues, según afirma, se trata de una forma de «supremacía blanca» y «propaganda racista».

En Florida, por ejemplo, un hombre le prendió fuego al vestíbulo de la iglesia Reina de la Paz mientras estaban preparando la Misa matutina, el 11 de julio. Tras haber sido arrestado por tentativa de homicidio, incendio

criminal y otras acusaciones, el culpable, Steven Anthony Shields, les dijo a los policías que su acto fue una «misión» y, riéndose, que había sido «increíble». Felizmente, el templo católico sufrió pocos daños.

Por otra parte, la iglesia de San Gabriel, de California, quedó casi completamente destruida después de otro incendio ocurrido ese mismo día. Dos imágenes de la Virgen también fueron vandalizadas e incendiadas entre los días 10 y 11 de julio.



Gaudiumpress

Religiosas benedictinas mantienen la Adoración Perpetua en Montmartre

Iniciada el 1 de agosto de 1855, la adoración al Santísimo Sacramento en la basílica del Sacré-Cœur, de Montmartre (Francia), jamás cesó. «Incluso durante los bombardeos de 1944 la Adoración Eucarística no se interrumpió», dice sor Marie-Agathe, de las Benedictinas del Sagrado Corazón de Jesús, en el diario *La Croix*.

En la actual situación, en que el templo se encuentra cerrado al público, las religiosas de dicha congregación se turnan día y noche para garantizar que haya siempre alguien custodiando al Señor sacramentado. «Somos las únicas que pueden entrar, así que a nosotras nos corresponde proseguir la Adoración Perpetua». Y añade: «Dar continuidad a esta cadena de oración es nuestra primera misión. El desafío es mantenerla, en el momento, con tan sólo catorce personas».

En la parte superior de la cúpula más alta de la basílica del Sacré-Cœur, una lámpara está permanentemente encendida, dando testimonio de la perpetuidad del sublime acto de culto allí practicado. «Es un signo de comunión para los parisinos, una presencia de persistencia en la oración. Si la oración fuera interrumpida, esa linterna se apagaría. Nuestra misión durante el confinamiento consiste en garantizar que no se extinga», concluía la religiosa.

La mayoría de las iglesias francesas permanecieron abiertas, pero la basílica del Sacré-Cœur, uno de los puntos más visitados de la capital francesa después de la catedral de Notre Dame, estuvo cerrada desde el 17 de marzo hasta principios de junio.

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese

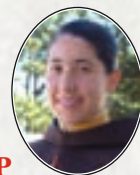
gratuitamente en

es.gaudiumpress.org

- ✓ 30 días con el Papa
- ✓ Mundo
- ✓ América Latina
- ✓ Roma
- ✓ Espiritualidad

El borrico empacado

Cuando cerró la puerta, doña Jacinta lloró copiosamente. Allí iban los últimos granos de arroz, el único alimento de su casa y sustento de su familia... ¿Y ahora? ¿De dónde esperar socorro? Sofía, no obstante, itenía la solución!



Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Una mezcla de alboroto y alegría reinaba por toda la aldea. Cada lugareño quería que su casa estuviera en perfecto orden e impecablemente limpia ante la llegada de los predicadores; mientras tanto los niños se entretenían engalanando los árboles con tiras de colores. Así, año tras año, ese pueblecito perdido en medio de las montañas se revestía de júbilo, a fin de acoger con pompa la semana de las misiones en la que las procesiones en honor de la Santísima Virgen, las predicaciones y las Misas renovaban la piedad y la devoción de sus habitantes.

Observando desde la ventana todo aquel movimiento, doña Jacinta dejó escapar un profundo suspiro, lleno de añoranza y tristeza. No podía olvidarse de los buenos tiempos en que ella misma dirigía los preparativos de su calle... Pero ahora los años de luchas y trabajos habían desgastado bastante su salud, tanto que le era imposible siquiera salir de casa. Desde la muerte de su marido, víctima de

una horrible epidemia, había estado trabajando sin tregua para conseguir no sólo su sustento, sino también el de su sobrina de 9 años, la pequeña Sofía, que había perdido igualmente a sus padres en aquellos fatídicos días. Era una chiquilla encantadora, cuyo corazón, acrisolado por el sufrimiento, se había vuelto generoso y resignado de cara a las dificultades más grandes. No obstante, éstas parecía que nunca se acababan...

Dejando a un lado sus nostálgicos recuerdos, doña Jacinta echó un vistazo por el interior de su vivienda: algunos muebles desgastados por el tiempo, dos o tres sartenes colgadas de la pared —empolvadas por falta de uso— una vieja mesa rodeada por banquitos desiguales y dos modestas camas. El único alimento que les quedaba para vivir era un poco de arroz, que probablemente acabaría en la cena de esa misma noche. «Bien —pensó consigo la pobre mujer—, ya no tenemos nada, a no ser la confianza en Dios y en su Madre Santísima...». En

los momentos más difíciles de su vida, siempre rezaba y nunca había sido desamparada por la Providencia. Pero ahora se encontraba en una situación desesperada. ¿De dónde le vendría el auxilio? Estaba meditando estas cosas cuando la alegre Sofía interrumpe sus pensamientos:

—Querida tía, ibuenas tardes! Te he traído un regalo para nuestro altarcito.

Y, mientras le ofrecía un ramillete de florecillas silvestres —un poco mustias por el calor—, le dio un fuerte abrazo. En ese momento, doña Jacinta concluyó: Dios no abandonaría a aquel corazón tan puro y generoso.

Entonces sonaron tres fuertes golpes en la puerta, que cortaron de nuevo el hilo de sus reflexiones... ¿quién estaría llamando? Fue a abrir y se encontró con un fraile de aspecto venerable:

—¡Buenas tardes, señora! Estamos recogiendo alimentos para los más necesitados. Distribuiremos cestas

con las donaciones a la clausura de las misiones. ¿Podría contri- buir usted con alguna cosa?

—Oh, no... perdóneme reve- rendo, pero nosotras también so- mos pobres y no tenemos nada para darle...

—¿Qué?! —interrumpió la niña—. ¡Mentir es pecado, tía! Claro que tenemos, ¿te has olvi- dado del paquete de arroz?

Y, sin que su tía tuviera tiem- po de reaccionar al respecto, Sofía salió corriendo a cogerlo, aunque estaba casi vacío.

—¡Tome usted, padre! Es poco, pero créame: ¡es de todo corazón! —dijo la pequeña al hacer su sencilla ofrenda.

El fraile les dio la bendición, agra- deció su generosidad y siguió su ca- mino.

Pero doña Jacinta ya no pudo con- tener las lágrimas: ¡era demasiado para ella! ¿Y ahora? A los pobres les ayudaban los misioneros, pero a ellas ¿quién lo haría?

—No llores, tía; vamos a rezar el Rosario para pedirle a la Virgen que envíe un ángel para salvar- nos.

No sin cierta amargura, doña Jacinta aceptó la pro- puesta. Se sentaron junto a una imagen de María y se pusieron en fervorosa ora- ción.

Mientras esto sucedía en el hogar de la pobre Jacin- ta, en el extremo opuesto de la aldea tenía lugar una pintoresca escena...

—¡Anda tira, Paquito! ¡Venga, vamos, vamos!

En vano Lorenzo le gri- taba a su borrico, obstina- damente empacado por el exceso de peso colocado en sus lomos. El pobre hombre había obtenido permiso de su patrón para ir a visitar a su familia al pueblo vecino



Empacado, Paquito no se movía ni para delante ni para atrás...

y quería llevarse consigo un enorme cesto que le habían regalado, repleto de excelentes y variadas viandas.

Sin embargo, su Paquito no se mo- vía ni para delante ni para atrás... Viendo que no había más remedio que renunciar a la cesta para empre- der su viaje, se acordó de la peque- ña Sofía, a quien había visto antes co- giendo flores en el campo.

Así que tiró decididamente de las riendas y el desobediente borrico, que parecía haber adi- vinado sus buenas intenciones, cedió y se dirigieron a la casa de doña Jacinta.

De pronto, otros tres golpes en la puerta interrumpieron el rezo del Rosario en la casa de esa humilde señora.

—¡Es el ángel! —dijo Sofía en su inocente confianza.

Sorprendida, doña Jacinta fue a ver quién era; Sofía aso- maba discretamente su cabeci- ta de entre el delantal de su tía, por temor a mirar directamente

al ángel... Aunque sólo vio a Loren- zo, quien en pocas palabras les expli- có su deseo —casi necesidad— de entregarles el cesto que tanto le esta- ba entorpeciendo su viaje.

Tan pronto como el visitante puso la cesta sobre la mesa de la casa, doña Jacinta rompió a llorar copiosamen- te, y Sofía, saltando llena de alegría alrededor del burrito, le contó a Lo- renzo todo lo que había pasado.

Admirado, tanto por la fe de la pequeña como por el mis- terioso empaque de su ju- mento, también se puso a llorar al ver que había sido instrumento de Nuestra Se- ñora, Protectora de los des- amparados, para remediar tan triste situación.

Mientras los últimos ra- yos de sol teñían de áureos resplandores las montañas de la aldea, doña Jacinta se- guía con la mirada la mar- cha del buen Lorenzo mon- tado en su borrico al mis- mo tiempo que mostraba su gratitud a María Santísi- ma: «Te doy gracias, Madre mía, porque una vez más me has mostrado que Dios jamás desampara a quien a Él se abandona, aún en las peores circunstancias». ✧



Doña Jacinta y Sofía se despidieron muy agradecidas del buen Lorenzo

Ilustraciones: Esther Pinales de León

LOS SANTOS DE CADA DÍA

- 1. San Alfonso María de Liguorio**, obispo y doctor de la Iglesia (†1787 Paganì - Italia).

Beato Tomás Welbourne, mártir (†1605). Profesor laico ahorcado en York durante el reinado de Jacobo I de Inglaterra, por incentivar la fidelidad al Papa entre sus alumnos.

2. XVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Eusebio de Vercelli, obispo (†371 Vercelli - Italia).

San Pedro Julián Eymard, presbítero (†1868 La Mure - Francia).

Beato Justino María Russolillo, presbítero (†1955). Sacerdote de Nápoles y fundador de la Sociedad de las Divinas Vocaciones.

- 3. San Eufronio** obispo (†c. 475). Edificó en Autun, Francia, una basílica en honor a San Sinforiano.

- 4. San Juan María Vianney**, presbítero (†1859 Ars-sur-Formans - Francia).

San Aristarco de Tesalónica. Discípulo de San Pablo, fiel compañero en sus viajes y en la prisión en Roma.

5. Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

San Emigdio, obispo y mártir (†s. IV). Nombrado obispo de Áscoli, Italia, convirtió a numerosos paganos.

6. La Transfiguración del Señor.

Santos Justo y Pastor, mártires (†304). Hermanos martirizados en España. Cuando aún eran niños, se presentaron voluntariamente en el tribunal para profesar su fe en Cristo.

- 7. San Sixto II**, Papa, y **compañeros**, mártires (†258 Roma).



Francisco Lecaros

Beato Florentino Barroso - Catedral de Santa María de la Asunción, Barbastro (España)

San Cayetano de Thiene, presbítero (†1547 Nápoles - Italia).

San Victricio de Ruan, obispo (†410). Por amor a Cristo, abandonó la carrera militar y evangelizó el norte de Francia.

- 8. Santo Domingo de Guzmán**, presbítero (†1221 Bolonia - Italia).

San Altmano, obispo (†1091). Fundó la Abadía de Göttweig, Austria.

9. XIX Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir (†1942 Auschwitz - Polonia).

Beato Florentino Asensio Barroso, obispo y mártir (†1936). Fue preso y fusilado durante la guerra civil española, poco tiempo después de tomar posesión de la diócesis de Barbastro.

- 10. San Lorenzo**, diácono y mártir (†258 Roma).

Beato Juan Martorell Soria, presbítero y mártir (†1936). Sa-

cerdote salesiano sometido a torturas y asesinado en Valencia, España.

- 11. Santa Clara**, virgen (†1253 Asís - Italia).

Beatos Juan Sandys (†1586) y **Esteban Rowsham** (†1587), sacerdotes, y **Guilherme Lampley** (†1588), mártires. Asesinados en Inglaterra durante el reinado de Isabel I.

- 12. Santa Juana Francisca de Chantal**, religiosa (†1641 Moulins - Francia).

Beata Victoria Díez y Busto de Molina, virgen y mártir (†1936). Fusilada durante la guerra civil española, murió exhortando al martirio a otros católicos.

- 13. Santos Ponciano**, Papa, e **Hipólito**, presbítero, mártires (†c. 236 Cerdeña - Italia).

Santa Radegunda, reina (†587). Reina de los francos. Ingresó en el monasterio de la Santa Cruz de Poitiers, Francia, cuando todavía vivía su esposo, el rey Clotario.

- 14. San Maximiliano María Kolbe**, presbítero y mártir (†1941 Auschwitz - Polonia).

San Marcelo de Apamea, obispo y mártir (†c. 390). Asesinado en esta ciudad de Siria por paganos enfurecidos, tras haber ordenado la destrucción de un templo dedicado a Júpiter.

15. Solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

San Tarsicio, mártir (†c. 257). Por defender a la Sagrada Eucaristía que estaba a punto de ser profanada por los gentiles, fue apedreado hasta la muerte, en Roma.

16. XX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Esteban de Hungría, rey (†1038 Székesfehérvár - Hungría).

San Arsacio, eremita (†c. 358). Abandonó el ejército romano para dedicarse a la vida de oración y penitencia.

17. Santa Clara de la Cruz, virgen (†1308). Destacó por su gran devoción a la Pasión de Cristo y por la práctica de austeras penitencias.

18. Beato Reinaldo de Concorezzo, obispo (†1321). Gobernó con celo, prudencia y caridad la diócesis de Ravena, Italia.

19. San Ezequiel Moreno Díaz, obispo (†1906 Monteagudo - España).

San Juan Eudes, presbítero (†1680 Caen - Francia).

San Bartolomé de Simeri, abad (†1130). Eremita en las proximidades del macizo de Sila, Italia, edificó el monasterio de Santa María Nuova Odigitria.

20. San Bernardo, abad y doctor de la Iglesia (†1153 Langres - Francia).

San Samuel, profeta. Llamado por Dios, siendo aún niño, fue juez en Israel. Ungió como rey de su pueblo a Saúl y, por ser éste infiel, confirió la unción real a David, de cuya descendencia nacería el Salvador.

21. San Pío X, Papa (†1914 Roma).

Beata Victoria Rasoamanarivo, viuda (†1894). Nacida en una de las familias más importantes de Madagascar, se convirtió a la fe católica. Cuando los misioneros fueron expulsados del país, defendió a la Iglesia frente al poder público.

22. Bienaventurada Virgen María Reina.

Beato Jacobo Bianconi, presbítero (†1301). Religioso



Francisco Lecaros

Santa Radegunda - Iglesia de San Hilario el Grande, Poitiers (Francia)

dominico de Bevagna, Italia, donde fundó un convento. Extirpó de Umbría la secta de los nicolaítas.

23. XXI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Rosa de Lima, virgen (†1617 Lima - Perú).

Beato Juan Bourdon, presbítero y mártir (†1794). Sacerdote capuchino encarcelado con muchos otros sacerdotes en una galera durante la Revolución francesa. Murió agotado por las enfermedades, mientras cuidaba de sus compañeros de cautiverio.

24. San Bartolomé, apóstol.

Santa Emilia de Vialar, virgen (†1856). Fundó la Congregación de las Hermanas de San José de la Aparición, en Francia.

25. San Luis, rey de Francia (†1270 Túnez - República Tunecina).

San José de Calasanz, presbítero (†1648 Roma).

San Menas de Constantinopla, obispo (†552). Como Patriarca de Constantinopla, se esforzó por reparar los daños causados por los monofisitas y restablecer la paz religiosa en Oriente.

26. Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, virgen (†1897 Liria - España).

Santa Juana Isabel Bichier des Âges, virgen (†1838). Fundó la Congregación de las Hijas de la Cruz.

27. Santa Mónica (†387 Ostia - Italia).

San Poemeno, abad (†s. IV-V). Anacoreta célebre por sus enseñanzas llenas de sabiduría.

28. San Agustín, obispo y doctor de la Iglesia (†430 Hipona - Argelia).

Santa Florentina, virgen (†s. VII). Hermana de tres santos: Leandro, Fulgencio e Isidoro de Sevilla, fue abadesa del monasterio benedictino de Écija, España.

29. Martirio de San Juan Bautista.

Beata Sancha Szymkowiak, virgen (†1942). Religiosa de la Congregación de las Hijas de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa, que se dedicó a la asistencia a los encarcelados, en Poznań, Polonia.

30. XXII Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Margarita Ward, mártir (†1588). Dama católica condenada a muerte y ahorcada en el reinado de Isabel I por haber ayudado a un sacerdote.

31. San Arístides, apologista (†c. 150). Filósofo insigne por su fe y su sabiduría, le envió al emperador Adriano una apología del cristianismo.



Celestial sinfonía, admiración angélica

La singular decoración de una capilla gótica francesa nos lleva a desear que los ángeles convivan con nosotros más y más, y que nos hagan escuchar, de alguna manera, las magníficas melodías ejecutadas por ellos en el Cielo.



Hna. Adriana María Sánchez García

En la sobria catedral gótica de San Julián, de Le Mans, una pequeña capilla dedicada a la Virgen llama la atención de quien visita el templo. Más que sus esbeltas paredes, casi completamente revestidas de vitrales, nos atraen los frescos con tonos anaranjados y rojos que adornan el techo del recinto, contribuyendo a crear en su interior un ambiente lleno de vida.

El artista que pintó esas bóvedas a mediados del siglo XIV optó por recubrir las con osados colores, reservando suaves tintas verde-pastel para realzar una parte de las nervuras. Y, flotando en medio de ese festival de policromía, introdujo las figuras de cuarenta y siete ángeles, dispuestos en actitudes diversas y vestidos con túnicas rosas, azules, blancas, verdes o doradas.

Pero no se trata de ángeles comunes... ¡son músicos! Y al detenernos a contemplarlos vemos que unos sujetan unas partituras y cantan y que otros interpretan melodías celestiales con instrumentos variados.

Nada de más natural. Si cantar o tocar instrumentos forma parte de nuestro día a día cuando estamos alegres, la música no podría faltar en el gozo de la visión beatífica; y cierta-

mente fue eso lo que quiso representar el artista medieval.

De acuerdo: en el Cielo hay melodías y los ángeles se encargan, sin duda, de ejecutarlas. Pero ¿cómo son? ¿Hay alguien capaz de describirlas?

San Juan Bosco, que visitó durante sus famosos «sueños» el Paraíso celestial, procuró darnos alguna noción de ellas, no sin gran dificultad. En una de sus conversaciones nocturnas relata cómo, estando en los jardines que anteceden al Cielo, una dulcísima y agradable armonía llegaba a sus oídos:

«Eran cien mil instrumentos, que producían cada uno un sonido diverso del otro, mientras todos los sonidos posibles difundían por el aire sus ondas sonoras. A éstos uníanse los coros de los cantores. Vi entonces una multitud de gente que en aquellos jardines se encontraba y se regocijaba alegre y contenta. [...] Cada voz, cada nota, hacía el efecto de mil instrumentos reunidos, todos diversos el uno del otro. Contemporáneamente oíanse los diversos grados de la escala armónica desde los más bajos a los más altos que se pueda imaginar, pero todos en perfecto acorde».¹

Ahora bien, ¿cómo puede existir una completa armonía entre tantos

elementos únicos y, por tanto, diferentes entre sí?

La pregunta tiene su particular significado para quien vive en este valle de lágrimas. En el Cielo, sin embargo, las músicas no son mero fruto de la creatividad artística o de ciertos dones naturales. Dimanan de las luces y virtudes que brillan de modo especial en cada bienaventurado. Ese es el motivo por el cual una casi infinita diversidad de sonidos puede conjugarse en una sinfonía dotada de armonía perfecta.

Al tener los bienaventurados como principal finalidad la glorificación del Todopoderoso, la caridad que los consume se refleja en sus melodías. A través del timbre de voz y del sonido singular de cada instrumento celeste son representados diversos aspectos de la grandeza del Altísimo. Y, al resonar todos juntos en un concierto eterno, no hacen otra cosa que proclamar, unidos, el conjunto de los atributos del Creador.

Por otra parte, si los ángeles expresan su alegría por medio de la música, ¿acaso no entonarían un canto inédito cada vez que Dios les revela una maravilla sobre sí mismo? ¿Cómo será, por ejemplo, el himno



Fotos Plinio Veas

Distintos aspectos de las bóvedas de la capilla de Notre Dame du Chevet, en la catedral de San Julián, Le Mans (Francia)

compuesto por los espíritus celestiales al serles anunciada una nueva verdad, un nuevo fulgor de la Trinidad Beatísima?

No lo sabemos, pero es un punto sobre el cual estamos invitados a meditar al contemplar esa capilla.

Pidámosle, pues, a los santos ángeles que convivan con nosotros más y más. Y que, además de permitirnos escuchar, ya en esta tierra, alguna de las magníficas melodías del Cielo, nos desvelen una puntita de las sorpresas que Dios, continua-

mente, pone en conocimiento de sus servidores celestiales. ✧

¹ SAN JUAN BOSCO. Biografía y escritos. In: *Obras Completas*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1967, pp. 618-619.



Patrona de América Latina

Para que se formara el inmenso bloque de pueblos católicos que hoy llamamos América Latina, fue necesario hacer una enorme obra de evangelización. Y resulta curioso ver que Dios no suscitó para ello a un gran predicador, sino a una mujer dotada de una misión de carácter universal: Santa Rosa de Lima.

Alma penitente y suplicante, hizo, en el plano de la comunión de los santos, lo necesario

para salvar a la América de su tiempo. Su fama de santidad recorrió el continente entero, dando lugar a numerosos milagros y conversiones. Santa Rosa suscitaba en torno de sí un espíritu de penitencia y de mortificación que frenó la corrupción de las costumbres y creó las condiciones desfavorables para la eclosión del mal.

Plínio Corrêa de Oliveira